

SOBRE LA GUERRA CONTRA MOROS,
EN FILIPINAS, EN EL SIGLO XVI Y EN EL XVII
EXPEDICIONES DE DON SEBASTIAN HURTADO DE CORCUERA
A MINDANAO Y A JOLO

por Carlos MARTINEZ-VALVERDE
Contralmirante

ALGUNOS ANTECEDENTES



AS islas Filipinas, comprendidas en lo que Magallanes llamó Archipiélago de San Lázaro, descubiertas por él en 1521, fueron incorporadas definitivamente al dominio de España, con Legazpi, en 1571 (1). En general, los pequeños estados, o dominios, o rancherías (de todo había) que las componían, sin nexo de unión entre unos y otros, presentaron escasa resistencia a la dominación española. Legazpi en su actuación se manifestó a la vez enérgico y político... Fundada Manila, en el referido año, los rajas de Matando y Lacandola, de Tondo, fueron a cumplimentarle. Sin embargo, algunos habitantes del mismo Tondo, de Hagonoy, de Macabele, y otros pueblos de la Pampanga se alzaron contra los nuestros, pero fueron derrotados por los capitanes Goiti y Salcedo. Los pampangos, que se distinguieron en estas primeras resistencias, fueron después los más leales a España durante toda su dominación, y fueron muy buenos soldados a su servicio.

No hubo, por el contrario, acatamiento por parte de los mahometanos de la isla de Mindanao y del archipiélago de Joló, que, por

(1) El geógrafo chino Chao Yu Kua (siglo XIII) llamó a estas islas el País Ma-Yi. Después también se llamaron *Islas de Poniente* y, por último, Filipinas en honor del rey don Felipe II, entonces Príncipe de Asturias (1546). La primera isla en que se arboló el Estandarte Real de España fue la de Limasana, entre Leyte y Mindanao.

razón de su religión, fueron llamados *Moros* por los nuestros, bien que fuesen malayos. El resto de los filipinos fueron denominados, de un modo general, *Indios* (2). Hubo *moros* cercanos a Manila que sin embargo se sometieron. Desde los tiempos de Legazpi hubo *régulos indios* en lucha con los *moros*.

Había en las islas numerosas comunidades independientes, bajo el dominio de un Rajá, Dato, o Señor. Los de estas dos últimas clases estaban bajo un poder superior, sometidos a un *Sultán*... Los *Moros* de Mindanao fueron los primeros, de los de su religión, de enfrentarse con los españoles. Animaron su rebeldía los portugueses, dominadores ya de las Molucas, rivales en su expansión ultramarina de los castellanos (3). Muy pronto siguieron en el perturbador empeño los holandeses, grandes enemigos de España y, animados, al hacerse independientes, de un gran espíritu de revancha. Unos y otros suministraron también armas a los joloanos que pronto actuaron al igual que los de Mindanao, contra los españoles. Para mayor adversidad aparecieron pronto otros enemigos, poderosos piratas chinos y japoneses, actuando con verdaderas escuadras de buques bien armados... Llegaría después el turno de intromisión antiespañola a los ingleses... y, en tiempos más modernos serían los franceses y alemanes interesados en su expansión colonial decimonónica, poseedores de tierras cercanas a las Filipinas.

Los primeros choques de los españoles con los *moros* se remontan a la expedición de Ruy López de Villalobos; a su paso para las Molucas libró algunos combates con los de Mindanao (1542). López de Legazpi tocó en Dapitán, en la referida isla, en 1565.

Para los nuestros, aún sin la acción de los invasores europeos era muy difícil controlar el inmenso archipiélago filipino; un verdadero *mundo insular*: Unas 7.083 islas, con una superficie total de 309.615 Km² (4); un intrincado dédalo de canales, entre aquéllas, con mares interiores; sin cartografía (5); con corrientes desconoci-

(2) Había muchas razas en tan extenso archipiélago: bisayos, tagalos, pampangos, ilocanos, panganeses, cagayanes, bicolas... Conforme los nuestros fueron viendo las diferencias les fueron dando nombre... Y había salvajes: negritos, zambales tingues, manquianes, nayas, igorotes, subanos, manobos, tagaboyes...

(3) Los portugueses siguieron de un modo independiente con sus colonias, pese a tener ellos y los españoles el mismo rey.

(4) Entre islas e islotes, más de 14.000. Unas 7.000 de *cierto tamaño*. Con nombre, 2.441; 4.642 innominadas.

(5) Pasará mucho tiempo para que la cartografía se perfeccione. Puede decirse que ello empezó en el siglo XIX, con la presencia en las islas de la Marina Real, cuyo primer apostadero se estableció en 1802.

das y variables al serlo en alto grado las mareas (6) con abundancia de bajos de origen madreporico; las costas con frecuencia escarpadas. En el interior de las islas selvas espesas, con vegetación exhuberante. Ellas y los estrechos canales, muy buen escondite para los piratas. Todo favorecía su navegación y perturbaba la de los europeos.

Y así la piratería de los moros prendió fácilmente y cobró mucho auge. Eran buenos marinos y sabían combinar sus expediciones con los regímenes de vientos, según los Monzones del sudoeste y del nordeste. Por si fuera poco, tenían, los de Mindanao especialmente, ríos navegables: el Grande o Pulangui, el Agusan... Por otra parte se les presentaba difícil a los españoles establecer y mantener el número necesario de puestos fortificados para hacer frente a los ataques de los moros. Difícil también mantener las fuerzas navales tan abundantes que se necesitaban... Y todo con un exiguo número de europeos.

CONTRA LOS ENEMIGOS DEL EXTERIOR

En el género de prioridades que tuvieron que adoptar los nuestros tomaron como primeras medidas las conducentes a la lucha contra verdaderos invasores: En 1574 baten al poderoso pirata chino Lima-Hong, persiguiéndole hasta Lingayen, en Pagasinam, todo con elementos colectivos en lo que a lo naval se refiere y lo mismo en cuanto a fuerzas militares embarcadas. En 1580 se derrota, frente a la desembocadura del río Cagellán, al pirata japonés Tairifú, con una galera y 14 bergantines, con sólo 86 españoles, reforzados después por otros cincuenta más... Con estos ataques alternan conmociones interiores: En tiempo del gobernador Santiago de Vera se ahoga un movimiento separatista capitaneado por el señor tagalo Martín Pangué... En 1587 se produce un ataque inglés, el del corsario Thomas Eschadesch, que es batido frente a Arévalo, no lejos de Ilo Ilo... Para estar preparados, en 1591, se crea una marina, más o menos permanente y el cargo de general de Galeras. Por estos años va a haber seis galeras, por lo general, en aguas de Filipinas: Dos en Manila (en Cavite), dos destacadas en Terrenate, en las Molucas, y dos en la Isla de Formosa. Se arman barcos y se

(6) Como ejemplo podemos decir que en Davao (Mindanao) había dos mareas diarias (lo normal) y en el cercano Pollock se sucedían faltando una durante tres días del mes lunar. En Zamboanga había una marea que duraba dieciséis días, y, en Basilán (a nueve millas tan solo) había una sola marea al día... así podíamos seguir.

preparan para guerrear. Son los que compondrán la después llamada *Armada de los Pintados* (7). Se bate a la escuadra holandesa del almirante Spielberg, en Playa Honda (1596). Manda la española don Juan Ronquillo del Castillo, deudo del gobernador general del mismo apellido. Con la mejor preparación naval conseguida se bate a dos buques holandeses que cerca del Estrecho de San Bernardino (1600) acechaban la llegada de la Nao de Acapulco o de Nueva España, única unión de Filipinas con la metrópoli, a través como queda indicado, de Méjico... Débil cordón umbilical sin duda (8). Los holandeses fueron derrotados si bien a costa de sensibles pérdidas... Por las acciones anteriormente expuestas, y otras, se ve cuán acosadas estaban las Islas Filipinas por los enemigos.

SOBRE EL MODO DE SER DE LOS MOROS

Barrantes, en sus *Guerras piráticas de Filipinas* (9) se expresa: *Los mindanayos negociaban con otras naciones del Asia, y mantenían desde muy antiguo embarcaciones armadas... y fuertes (Cottas), en las costas por ellos habitadas. Agiles, ingeniosos y fieros no tienen otra religión que algunos ritos adulterados del mahometismo... que practican mientras otros hablan, cantan, juegan o se ejercitan en el manejo del arma blanca (terribles esgrimadores de cris y campilán)... Perezosos para el trabajo, pero indómitos y sumamente activos para sus latrocinios (siendo marineros natos como eran, para la piratería). Son vengativos y crueles cuando se creen ofendidos, pero no dejan de ser civiles en algún modo con los que tienen relaciones de amistad... Dos lenguas son las que hablan indiferentemente, su lengua natural y la malaya; usan muchas palabras árabes, principalmente en sus oraciones, y en sus encuentros se saludan y despiden y se despiden en lengua turca... Sigue: Los joloanos, también de la Secta de Mahoma, no eran entonces (siglo XVI) tan atroces como en la actualidad (lo dice en el siglo XIX). Había entre ellos algunos árabes que tenían escuela e influjo y los mantenían en estado de cultura relativa, a los cuales han sucedido (siglos XVIII y XIX) indios renegados que han hecho olvidar a los*

(7) Fueron llamados *pintados* los visayas, por los españoles, por su costumbre de ir *pintados*, en realidad tatuados.

(8) En 1580 propuso el gobernador general, capitán general don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa que la comunicación con Filipinas se hiciese desde el Perú. Los portugueses comunicaban sus colonias del este de Asia por el Cabo de Buena Esperanza, y directamente, pues, con la metrópoli.

(9) *Guerras Piráticas de Filipinas contra mindanaos y joloanos*. Vicente Barrantes. Madrid, 1878.

Sultanes aquel estilo pomposo y culto que usaban antiguamente en su correspondencia con el Gobierno de Manila.

Se había introducido el Islamismo, en estas islas del sur de las Filipinas, vía Malaca, por la expansión pacífica de los árabes en los siglos XII y principios del XIII.

Los moros eran en extremo combativos. En su indumentaria mostraban con orgullo las muertes por ellos causadas. Llevaban el turbante y el bahaque (especie de taparrabos) listados, los que habían matado por lo menos siete enemigos. Los que tan solo habían matado uno llevaban el turbante encarnado. Eran estos signos, este modo de vestir, clara manifestación de su combatividad.

Los moros tenían armas de fuego, suministradas por portugueses, chinos y holandeses. En Joló se empezaron a fundir piezas de artillería de pequeño calibre. Tenían cañones mayores, muchos de bronce y abundancia de versos y de falconetes, de retrocarga por servidores (10). Aunque no con abundancia tenían, como armas portátiles, mosquetes y arcabuces; y, de los primeros también de parapeto, con horquilla. Lanzaban flechas con arcos, y, con cerbatanas unas muy pequeñas llamadas compites; estas y las otras de arco solían estar envenenadas con ponzoña, resina de quemandag, de alacranes y de hormigas rojas... Un arma muy eficaz de los moros eran los bacayanes, cañas de un dedo de grosor, muy aguzadas en sus puntas, que lanzaban con gran destreza y precisión, algunos de cinco en cinco; consiguiendo atravesar la delgada tablazón de una embarcación, matando después al remero que detrás de aquélla bogaba. Eran los moros muy diestros en el manejo del arma blanca, más que de la lanza, que indudablemente usaban, del campilán y del crís, el primero sable recto, de punta ancha y el segundo más corto, largo machete, de hoja flameada. También tenían otro más corto, el bolo. Estas armas y las puntas de las lanzas estaban muy bien templadas. Las saetas eran de acero, hierro, hueso, palma brava y bambú.

Se protegían con cotas de malla, planchas de latón, de carey y con trozos de piel de elefante, y con ropas gruesas y con una faja a la que daban muchas vueltas alrededor del cuerpo, cubriendo tam-

(10) Es interesante hacer notar que en las crónicas antiguas, papeles de los jesuitas, denotando éstos saber de guerras y de armas, por sus muchos detalles guerreros, no aparece la palabra *lantaca*, que como es sabido fue —al parecer después— utilizada para designar las piezas de pequeño calibre usadas por los moros y por los indochinos, que tanto abundan en nuestro Museo del Ejército.

bién el pecho. Particularmente usaban estas armas defensivas los moros ximbanos de Joló, y algunos llevaban, saliendo del espaldar de la coraza, unas barras de hierro, que, protegiendo el cuello evitaban la degollación por un tajo de campilán.

Tenían cierto arte de fortificación, empleando generalmente la madera en sus *cottas* o fuertes. Estos, en los de las cumbres de los montes que aprovechaban para su última resistencia eran, a veces, de gran extensión. Cavaban pozos de lobo, con cañas afiladas en su fondo...

Usaban embarcaciones ligeras, para meterse por caños y esteros, utilizando mucho el remo, generalmente canaletes; las embarcaciones estabilizadas por batangas, flotadores alargados exteriores al casco y separados de él. Los piratas moros usaban mucho la cara coa (del malayo *kuda-kuda*=caballito) y, para meterse bien adentro en los esteros las pequeñas vintas (11).

Los mindanaos ocupaban especialmente la costa sur de la isla que les daba nombre, desde Punta Flechas hasta la cuenca del Tampididu, uno de los afluentes del Río Grande, y las riberas de la laguna de Malanao; con una faja en la costa de la mar, de la bahía Iligan...

En general los moros son robustos, de mediana estatura, de piel oscura y color cobrizo, cabello negro y lacio que les cae sobre la frente, formando flequillo; sus ojos son negros y vivos; su nariz ancha pero no aplastada... Entre ellos los había *lutaos*, habitantes de la costa y *subanos* que vivían cerca de los ríos. No constituyendo raza especial tenían costumbres diferentes. Son dignos de ser distinguidos los *caragas*, de la costa este de Mindanao, gente belicosa y carnícora, llegando, a veces, hasta el canibalismo.

No solamente pirateaban los moros de Joló y de Mindanao, con ser los que lo hacían con más frecuencia; también actuaban en tal sentido los camucones, que habitaban unas pequeñas islas situadas entre la joloana de Tavi-Tavi y la de Borneo (12). Los macasares de

(11) También usaban pancos y pangas, a remo y joangas a vela. De estas embarcaciones y de las utilizadas por los nuestros, daremos algunos detalles en un corto Apéndice. Los canaletes, sabido es, son cortos remos de pala ovalada a utilizar sin articular o apoyar en punto alguno, tolete o chumacera.

(12) En el mismo año de la expedición de Hurtado de Corcuera contra Mindanao (1637) tuvo lugar una expedición pirática de camucones en numerosas caracoas. Se dividieron en dos escuadras, una fue batida por el capitán Mena, corregidor

las Célebes eran aliados de los de Joló y los de Terrenate de los de Mindanao (éstos habían sido sus feudatarios)... (13). Por otra parte había moros en Luzón que se sometieron a los españoles, pero eran pequeño número.

INCURSIONES DE LOS MOROS. REACCIONES. EXPEDICIONES CONTRA ELLOS

La acción pirática de los moros empezó muy pronto: No se había terminado de construir Manila cuando apresaron una nave, con españoles, que transportaba materiales. Se llevaron a aquéllos como esclavos. Se envalentonaron más al naufragar uno de los barcos que se enviaron en su persecución. Desde entonces los moros se pusieron en campaña todos los años. Los *pintados*, los habitantes de las Visayas fueron el blanco principal de sus depredaciones. En sus poblados tomaban cautivos que vendían como esclavos; ello era su principal fuente de ingreso. También los cambiaban por armas a nuestros enemigos europeos. *No bastaban cuantos fuertecillos se habían fabricado y que iban abandonándose a pesar de los esfuerzos que hacían los frailes doctrineros que eran los primeros en defender a sus feligreses con las armas en la mano; armas quitadas por ellos mismos al enemigo, o adquiridas con sus estipendios, o las cortas limosnas que mendigaban* —dice Barrantes— (14). ¡Heroicos misioneros españoles!, podemos comentar nosotros redondeando la idea. Los indios avisaban del acercamiento de los piratas moros (también lo hacían de los movimientos de los *invasores*, holandeses, chinos o japoneses). La vida se hizo difícil para los visayos que habitaban la costa, que desesperados, empezaron a abandonar sus hogares internándose en los bosques, a semejanza con los salvajes igorotes. Fue difícil convencerles de que volviesen a los lugares de su normal residencia... Se vertió entre ellos la venenosa especie de ¡que los españoles estaban en combinación con los moros! cuando los *castilas* eran, por el contrario, sus defensores. Fue una babaylana, o sacerdotisa la propagadora de la dispa-

de Manila (iban con él seis frailes franciscanos). La otra escuadra atacó Bagahún con éxito. Pero en su retirada tuvieron un encuentro con los joloanos, sus enemigos que les hicieron muchos muertos y lestromaron 15 caracoas. Los prisioneros cristianos que llevaban fueron rescatados en Sanboangan (Zamboanga) *por moderado precio*.

(13) Veremos macasares en la defensa de Joló contra los nuestros en 1638. Veremos el auxilio de los moros de Terrenate en 1597 derrotados por los nuestros, en la mar cuando iban a auxiliar a los de Mindanao.

(14) *Guerras piráticas de Filipinas, contra mindanaos y joloanos*. Vicente Barrantes. Madrid, 1878.

ratada idea... Volvieron muchos visayas y se agruparon en poblados mayores para hacer una mejor defensa. Se organizaron escuadrillas de embarcaciones armadas para con ellas salir al encuentro de los piratas, si eran poco numerosos o para perseguirles en su retirada... Una de estas ocasiones de persecución fue la que tuvo lugar en 1575 después de regresar de Borneo la expedición de don Francisco de Sande en ayuda del rey legítimo Sirela, depuesto por usurpador, efectuada con el deseo de conseguir aliados obligados por el agradecimiento.

Largo sería enunciar todas las numerosas incursiones de los moros, pero sí debemos especificar el gran ataque producido por ellos en 1590, con 50 caracoas, arrasando poblados de las islas Panay, Negros y Cebú, llevándose numerosos cautivos. Esta expedición queda impune y aún tienen el atrevimiento de repetirla al año siguiente. Nuestros gobernadores veían lo importante que era batir a los moros de las islas del Sur. Era una parte importante del archipiélago no sometida al rey de España. En sus islas gobernaban sultanes muy propicios a aliarse con los enemigos de nuestra nación. Soberanos —se verá a lo largo del tiempo— que se disculpaban con su propia impotencia para hacer cumplir lo tratado con los españoles, a sus súbditos más poderosos, datos y orancayas, poco propicios, en verdad, a someterse a la autoridad del rey. Podía recordarnos esta faceta de la cuestión algo de lo que pasaba en nuestra propia Edad Media...

El gobernador don Francisco de Sande, en 1578, envía una expedición de castigo contra Joló, mandada por don Esteban Rodríguez de Figueroa que consigue el sometimiento de Rajailog Pangilán, haciéndole momentáneamente tributario del rey de España, mas pronto queda todo sin efecto. Más tarde, en 1596, Figueroa emprende por su cuenta una expedición contra Mindanao, con 214 españoles y 1.500 indios. Fracasa aquélla al ser muerto su jefe al desembarcar en Buhayen por Cachil Obal... Al año siguiente el gobernador Tello de Guzmán envía a Mindanao a don Juan Ronquillo del Castillo que logra establecerse en Tampacan (el actual Tumbag), vértice del delta del Río Grande. En combate naval derrota a los moros de Mindanao, reforzado por los de Terrenate que habían acudido en su auxilio, pedido por el rey de los primeros Buisán (padre del después tan célebre Corralat)... A pesar del éxito primero no se consigue un sometimiento propiamente dicho... En 1599 se produce una importante incursión de moros, con 50 caracoas (vemos que la cuantía de embarcaciones es la misma en estas expediciones); llevando esta vez más de 1.500 moros como fuerza de

desembarco que intentan saquear Ogton y Arévalo, en la isla de Panay. El alcalde sale al encuentro de los moros con 80 españoles y gran número de indios flecheros y los derrota... El mismo gobernador, Tello de Guzmán, envía, en 1602, al sargento Mayor don Juan Xuárez de Gallinato, alcalde Mayor de Cebú, contra Joló. Derrota a 1.000 moros que se oponen a su desembarco y éstos se retiran a un monte cercano muy fortificado. Construye tres fuertes pero lleva pocas fuerzas y pocos recursos para permanecer. Vuelto a Cebú, el nuevo gobernador don Pedro de Acuña envía a Xuárez de Gallinato contra Mindanao, con 400 soldados —poca fuerza en verdad— (15), a poblar Tampacán. Su actuación será base de las paces con Mindanao de 1609. Se retira a la Caldera (cercana a Zambiana, aún no establecido este presidio) y después regresa a Manila, quedando de nuevo Mindanao a merced de los reyes y señores, cambiantes en sus pareceres y propicios al ejercicio de la piratería.

Y a veces no atacan solo los moros. En 1616 hay un ataque conjunto de holandeses y moros a Ogton. Es rechazado por el capitán Lorenzo Flores. Al año siguiente los moros tienen la audacia de atacar el astillero de Pantao, en Camarines (al norte de Luzón), que estaba bien guarnecido y artillado. Mataron los indanos a dos capitanes españoles y a treinta más y quemaron un galeón y un patache que ya estaban casi terminados... Y siguen los holandeses. Bloqueaban la bahía de Manila. Sale de Cavite una escuadra de diez galeones, un patache y otros barcos, mandada por don Juan Ronquillo. Se traba el combate, con otras fuerzas enemigas casi iguales y son batidos los holandeses frente a Playa Honda (Zambales) (1617).

Y continuaba la lucha con los moros... El padre Combés, en su Historia de Mindanao y de Joló, se expresa: *Deshazianse los Gobernadores compadecidos de las necesidades y aprietos de los naturales, y de sus lastimas*. En 1627 se hizo jornada contra Joló, mandada por don Cristóbal de Lugo, *Teniente de Capitán General y Cabo Superior de las provincias de Pintados (las Visayas, tan castigadas)*. Entró en Joló con gran éxito y arrasó todo, pero los piratas se refugiaron en su cerro fortificado que resultó inexpugnable. Quemaron todo los nuestros, incluso barcos macasares (de las Cé-

(15) Se contaba en realidad con muy pocas fuerzas españolas en Filipinas para tanta actividad guerrera que había de llevarse a cabo. Ello a pesar del refuerzo recibido, en 1580, de 600 españoles. En 1609 llegarán cinco compañías de Infantería española. Refuerzos venidos de Nueva España donde tampoco abundaba la tropa. Mucha tropa hacía falta para hacer frente a la labor emprendida.

lebes) que estaban en el puerto de la capital joloana. Fue un fuerte castigo para los moros pero nada más.

Al año siguiente tiene lugar la expedición de don Lorenzo de Olasso, maestre de Campo del gobernador don Juan Niño de Távora. Trató aquél de subir al fortificado cerro, mas al no verse seguido por sus hombres en tan difícil asalto, y varias veces herido, hubo de retirarse, y con ello quedó en nada duradero la expedición. Y lo peor es que tuvo como consecuencia la rebelión de los caragas (de Mindanao) que llevaba como soldados, ante los cuales los españoles perdieron prestigio... No se conseguía nada de provecho con estas débiles expediciones. Hacían falta las efectuadas con mayor fuerza que un par de centenares de soldados españoles y millar y medio de indígenas, y poder dejar guarniciones.

Sobre la reacción naval, esto es combatiendo a los moros en la mar, podemos decir que no era fácil mantener una escuadra permanente *Sujetos seis meses los indios a una vida de galeotes* —dice el P. Combés—. Y el sostenimiento de tal fuerza naval resultaba caro. Y una vez señalados los enemigos, su persecución se hacía difícil: tripulaban embarcaciones ligeras como plumas, sin llevar apenas víveres, con muy buenos remeros, que lo eran siempre, pues pasaban toda su vida en la mar. Dice el P. Combés: *el volumen no les impide forcejear contra el viento quando nosotros apenas nos podemos mover sin él. Pero esto, de tantas armadas como se despa-charon de Cebú y Otón, ninguna volvió con trofeos enemigos*. Tan solo el capitán don Francisco de Atienza pudo coger enemigos *engolfados, con buen viento, yendo en un champán, que es navío de vela y muy ligero*, dio caza a un barco de piratas y lo rindió, con muerte de todos sus tripulantes... Hacía falta pues mantenerse en fuerza en las propias tierras del posible enemigo para así controlar bien sus actividades y reaccionar a tiempo. Pero pese a ser la Historia del padre Combés obra magnífica, considero exagerado lo rotundo de su exposición en lo que a la reacción marítima se refiere, pues hay constancia de que la escuadrilla de juangas, pancos y caracoas, establecida en Ogton sostuvo un importante encuentro con los joloanos, hundiéndoles 24 embarcaciones, y que en 1624 la mencionada escuadrilla llevó su acción ofensiva al mismo Joló. Y en 1630 desembarcó gente en Basilán liberando a muchos cautivos que allí, como esclavos, tenían los moros.

Al fin, en 1635, gobernando don Juan Cerezo de Salamanca, de modo interino, por muerte de don Juan Niño de Távora se hizo el destacamento de Samboangan (después se llamó Zamboanga). Fue propuesto el lugar por el P. Pedro Gutiérrez S.J., Rector de la mi-

sión de Dapitán, ya establecida. Daba 28 razones para ello. Llegó el general Juan de Chaves, un acreditado capitán que había reducido la sublevación de los caragas. Acudió con una fuerte armada y en cuanto fue oportuno la destacó con el capitán Diego de Morales, a recorrer las costas cercanas y someter a sangre y fuego a todos los grupos que le opusieran resistencia. Zamboanga va a ser desde entonces la plaza de armas de toda aquella zona. Se reconocerá su importancia durante los siglos siguientes. Con destacamento importante de tropas y otro de embarcaciones que serán primero de la *Armada de Pintados*, después de la Marina Corsaria de Filipinas, y por último de la Marina Real (desde 1802), con la Marina Sutil del Archipiélago como complemento de los buques de la Armada Real. Estaba muy bien escogido el lugar, pues controlaba los movimientos de los de Mindanao (isla en que estaba asentada en su extremo sudoeste) y de los joloanos. También de la cercana isla de Basilán, feraz, habitada por buena gente de guerra, y sitio a propósito para hacer la aguada la escuadra y convoy que se enviaba a Terrenate de un modo periódico. Zambanga fue escogido por los jesuitas, los principales campeones de la propagación de la Fe en Mindanao. El primer fuerte se construyó bajo la dirección del padre Melchor de Vera (16). Hemos visto el ardor de los jesuitas para misionar en Mindanao, siguiendo la labor de San Francisco Javier que allí estuvo. Los padres de la Compañía no esperaron al establecimiento del presidio de Zamboanga. Sin su protección o sombra empezaron, pues en 1624 ya se habían establecido en Dapitán, en la costa norte de Mindanao.

Dapitán era lugar importante; fue antigua residencia del rey de Mindanao. Los dapitanos abrazaron la Fe de Cristo. A El se encomendaban antes de combatir a sus enemigos. Fueron desde el principio súbditos leales de España. Fueron así los misioneros de gran eficacia también para lo temporal. Dapitán fue calificado por el P. Combés como *plaza de armas de toda nuestra espiritual conquista*. La doctrina de Nuestro Señor se extendió a los subanos (habitantes de las riberas de los ríos). Además de conversión de indios también la hubo de moros.

(16) El Padre Melchor de Vera era perito en el arte de la fortificación y construyó varios fuertes en el Archipiélago, entre ellos el de Zamboanga y el de la Sabanilla. Hay constancia que el primero era de cal y canto y tenía cuatro baluartes. En el siglo XVIII estaba muy bien artillado con 21 cañones de bronce y 45 de hierro, 17 pedreros, un mortero y ocho trabucos. En 1730 había allí destacadas con frecuencia dos galeras de 96 forzados y de modo permanente, desde 1739, dos galeotas. A más de eso, abundante armada de vintas y otras embarcaciones ligeras, propias para guerra contra los veloces barcos piratas joangas y caracoas.

IDEAS DE RETIRADA Y DE ABANDONO

Tantos ataques de europeos, chinos y japoneses, la guerra constante y dilatada con los moros, algunos conflictos con indios sometidos y con sangleyes (17), y la servidumbre aún de prestar socorros a las Molucas y a Macao, ésta de la Corona de Portugal, inherente entonces a la persona misma del rey de España (18)... Tanta adversidad, con falta de elementos para hacerla frente debidamente. Tanto gasto... Se sabe que el rey Felipe III, en 1619, tuvo ya firmado un decreto encaminado al abandono de las Islas Filipinas contra el parecer de las Ordenes Religiosas que informaron a S. M. *que si bien por las armas y la fuerza se hacía costosísima y aún insostenible la conservación de las Filipinas, por la predicación evangélica y los medios morales acontecería todo lo contrario.* El padre Fernando de Amoraga, a quien llaman los historiadores de su Orden de San Francisco *el Padre Moraga* fue el encargado de hacer personalmente al rey las consideraciones pertinentes al caso. Pónese en boca de don Felipe III las siguientes palabras: *Id con Dios, Padre Moraga, no se dirá de mí que abandono lo que mi padre ganó...* Pasaron algunos años y se mantuvo todavía la idea de retirada de las Filipinas: En 1621, reinando ya don Felipe IV, en las primeras cortes, el secretario del Despacho de Marina, Martínez de Aróstegui presentó al rey una memoria en la que decía: *Cada año se gastan en las Filipinas más de 300.000 ducados en sustentar la guerra con los moros y los herejes septentrionales (los europeos,*

(17) Los sangleyes (de hiang lay) eran chinos, comerciantes ambulantes los más, pero los había de toda clase y en gran cantidad. Se sublevaron en alguna ocasión y se les llegó a considerar como un peligro para las Filipinas. Tanto es así que en 1758 se expulsaron de Manila más de 4.000 chinos; antes, para limitar su número, en 1610, se les había hecho pagar un impuesto: ocho pesos para residir un año.

(18) Los socorros a las Molucas, como a Macao, se hicieron también cuando aquellas islas eran portuguesas. Conduciendo uno de estos socorros muere el gobernador español de Filipinas don Gome Pérez Das Mariñas (caballero leonés), asesinado por los galeotes chinos de su galera, en 1593. En el auxilio a Macao se infligió una importante derrota a los holandeses.

Estos se apoderaron de Tidore y de Terrenate, en las Molucas, en 1605, pero al año siguiente, bajo el gobierno de don Pedro Bravo de Acuña, se apoderaron los españoles de dichas plazas, y como españoles ahora, siguieron siendo socorridas por los nuestros. Los portugueses consideraban las Molucas como patrimonio luso, quedaron descontentos y no se adhirió al proyecto de expulsar a los holandeses; en 1616 debían unir sus barcos a los españoles salidos de Manila al mando de don Juan de Silva, el gobernador. De esta escuadra algunas naves volvieron a España, por vez primera, por el Cabo de Bucna Esperanza. Con ocasión de la sublevación de Portugal contra Felipe IV, habrá matanza de españoles en Macao y en las Molucas (1640).

los chinos y japoneses); y —viene ahora el gran factor positivo para la permanencia— aunque S. M. ha tenido pareceres de abandonar aquellas islas, solamente porque no se pierda la mucha cristiandad que hay en ellas y el fruto que se ha hecho en la Fe por medio de los obreros (misioneros) que ha enviado, no lo ha querido hacer, sino enviar socorros con mucho gasto suyo (19).

Hubo quien orientó la cuestión basándola en una noble y elevada idea, en los deberes de los reyes. Fue el procurador Juan Grau y Monfalcón, que en una memoria presentada por la ciudad de Manila en 1637 (ya estaba decidida la actuación, a fondo, contra los moros) se expresaba: *que los reyes tienen unos estados porque los han menester, y otros porque los han menester a ellos*. Hermoso pensamiento, sin duda... Y el nuevo gobernador nombrado traía una Real Cédula en la que se ordenaba emprender una campaña contra los moros de Mindanao y de Joló que se pretendía fuese decisiva.

EL GOBERNADOR DON SEBASTIAN HURTADO DE CORCUERA

Antes de presentar sus campañas hagamos un corto paréntesis para mostrar cómo era el capitán general que las llevó a cabo (20).

Era natural de Bergüenda (Alava); había nacido el 25 de marzo de 1587. Tomó el mando del archipiélago de Filipinas en junio de 1635. Tenía gran experiencia militar adquirida en la guerra de Flandes. Había tomado parte en el sitio y toma de Breda (1626). Había pertenecido al Consejo de Guerra de aquellos reinos. Pasó después a América y, en el Virreinato del Perú fue capitán general de la Caballería y maestre de Campo de la plaza del Callao... Había también desempeñado el gobierno de Panamá. Era Caballero de Alcántara. Hombre inteligente, de extraordinario valor y sumamente diestro en el manejo de las armas; propicio a madrugar para atacar al enemigo, dando un gran valor al factor sorpresa, y, así, empezará el ataque a los de Mindanao antes de tener reunidas todas sus fuerzas... y tendrá éxito. Combatirá el solo contra cuatro enemigos:

(19) Boletín de la Real Academia de la Historia, t. XV, pág. 391.

(20) Fue el 10.º de los que en propiedad desempeñaron el gobierno de las Islas Filipinas (hubo entre los anteriores seis interinos). *El gobierno de don Sebastián Hurtado de Corcuera —se expresa Vicente Barrantes— es el tiempo de mayores empresas contra Mindanao y Joló*. Ello me ha llevado a escoger precisamente este tiempo para estudiar y poner de manifiesto una muy benemérita etapa de nuestra acción militar en Filipinas. Etapa con muchas adversidades a las cuales se hizo frente con pocos elementos.

Quatro de ellos cerraron con su Señoría que luego los puso en fuga el valor de su espada... Dice el padre Combés en su Historia.

Como ya vimos traía una Cédula Real (16 febrero 1636) en la que se le ordenaba llevar la guerra a fondo contra los moros de Mindanao y de Joló. Vio por sí mismo la importancia que tenía mantener el presidio de Zamboanga, base de las operaciones que había que llevar a cabo y defendió su conservación en contra de los que en Manila querían retirarlo; y allí concentro fuerzas navales y dispuso el tributo del Palay (arroz con cáscara), que se llamó de Samboangan, por su finalidad: el mantenimiento del presidio.

De su valor ya hemos hablado, de su caridad dice mucho su gesto, después del combate, de atender personalmente y con veneración a un fraile recoleto *hecho una criba de heridas*. Dice el padre Combés: *El gobernador que en las acciones de cristiano quiso ser tan primero como en las de soldado y caballero venerando tan invicta paciencia..., siendo quien lo recostaba, le servía la comida y le limpiaba las heridas, honrándose más con el título de siervo de santo varón, que de los que su valor le tenía ganados.*

De su desinterés dice el padre Mastrilli: Cuando se obtiene el botín *no reservó para sí o para los suyos, ni una blanca; acción por cierto con muy grande razón alabada y admirada de todos, por no estar aora en uso..., confirmando el concepto en que lo tienen todos de caballero totalmente desinteresado.*

De su personal entrega y entusiasmo nos dice cuando en Zamboanga, al regreso de su primera victoriosa expedición, cuando se trata de llevar el agua del río para meterla en el foso, dice el P. Combés: *El gobernador fue el primero en tomar el «açadón»: con que todos hicieron presunción de saberlo manejar. Así activó la obra de modo extraordinario.*

Corcuera conquistaba a sus hombres, también en Zamboanga *produjo oficios y ventajas a los heridos... con que acabó de obligarse la soldadesca en manera, que ya no abla de otra cosa, que de su capitán general, hasta los mismos marineros declarándose que no quieren servirse de la merced de pasar a Nueva España, por no perderse la jornada del año siguiente (la de Joló).*

Y tomamos de otro padre de la Compañía de Jesús, el padre Juan López, que es el que describe el apoteósico recibimiento en Manila a la vuelta de la jornada de Mindanao: *Corcuera est corda*

querens, busca pechos y corazones... habia hallado los corazones de los que allí estábamos, que le tenían muy entrañado y le deseaban todo bien y felicidad.

Y para terminar estas alabanzas he reservado hablar de nuevo de virtud militar y ello es que cuando está difícil, muy difícil, el ataque al cerro fortificado de Joló *solamente el valor de Don Sebastián Hurtado de Corcuera no dudó en el suceso* —dice el P. Combés— *murmuraban ya públicamente hasta los más obligados, del puesto que ocupaban. Y triunfó la tenacidad de Corcuera: Unos murieron, y por cierto, heroicamente; a otros, con diplomacia, los substituyó y los envió a Zamboanga. Y, ¡venció!*

En los comentarios que pone al libro del P. Combés (Edición en Madrid 1897) Wenceslao Emilio Retana, éste presenta una figura de don Sebastián Hurtado de Corcuera no tan rotundamente brillante como la que muestran los jesuitas, en cuyas opiniones nos hemos basado anteriormetne (21). Reconoce que Corcuera era *un sobresaliente militar*, sin embargo dice que no era *un perfecto político como quieren sus apasionados*, que *le faltó la serenidad de apreciación, el desapasionamiento, el equilibrio de juicio que informan los políticos de gran talla*. Convengamos que no todos los gobernadores y generales en jefe, aún siendo buenos pueden no ser *políticos de gran talla*.

Como militar (continúa el comentarista), lo bizarro le hizo incurrir a veces en poco previsor, dice que prodigó vidas de sus subordinados. El general en jefe, a veces, tiene que acometer operaciones costosas en vidas, podemos nosotros considerar. La conquista de los cerros fortificados de Mindanao y de Joló (veremos en líneas sucesivas cuán difíciles se presentaban) exigieron sacrificios, pero la Cédula Real que traía Corcuera le ordenaba imperiosamente no solamente el castigo de los reinos moros filipinos, sino, *a toda costa*, su completa dominación.

La función de gobernante la valoran, en Corcuera, la promulgación de las primeras *Ordenanzas de Buen Gobierno* que hubo en Filipinas.

(21) Los *Papeles de los Jesuitas* existentes en la Real Academia de la Historia, y el libro del Padre Combés S.J. son las principales fuentes para estudiar el estado de cosas en Filipinas. También otras cuestiones de nuestra Historia en estos tiempos. Los jesuitas, en sus cartas y en sus noticias escribían historia con signo de contemporaneidad.

Corcuera organizó en aquel ejército la fuerza de Caballería, si bien no fue empleada en las expediciones con transporte eminentemente marítimo.

Corcuera mejoró las fortificaciones y la artillería y a pesar de los gastos que tuvo que hacer para sus expediciones dejó una reserva en las arcas del rey de medio millón de pesos.

Tuvo que reducir una sublevación de sangleyes, que reprimió severamente.

Pudo reprochársele el haber dejado perder Formosa *La Isla Hermosa*. Se apoderaron de ella los holandeses en 1642 (22), pero puede argüirse que el reforzarla exigía unas fuerzas de que no disponía. En Joló y en Mindanao el vencimiento de los moros hubo de ser continuado con campañas necesarias para llevar al sometimiento esos reinos moros conforme se le ordenaba en la Cédula Real que con él trajo. En verdad la acción de España en aquel teatro abarcaba más de lo que podía considerarse razonable para los elementos con que se contaba. Ya lo vimos al hablar de los proyectos de abandono en tiempo de Felipe III. Las fuerzas no se habían aumentado de modo que hiciesen posible los ambiciosos proyectos. Y, siempre el débil cordón umbilical de unión con Nueva España, sin puntos de apoyo cercanos como tenían los portugueses...

Relevó a Corcuera como gobernador don Diego Fajardo (agosto de 1644) (23). En el juicio de residencia que como a todos se hizo a Corcuera, los enemigos cayeron sobre él. Puede ser que influyese su amistad con los jesuitas y que se le opusiesen los enemigos de ellos. Sus nueve años de trabajo *con honradez y celo* (jugado así por su comentarista menos favorable, Retana); otros le titulan *probo administrador de los bienes del rey, su labor fue recompensada con la más injusta de las precisiones: Cinco años estuvo encerrado en la fuerza de Santiago, de Manila* (24). Al fin resplandeció

(22) El primer gobernador español de Formosa fue don Antonio Carreño en 1630. Desde 1635 se descuidó Formosa. En 1642 los holandeses expulsaron a los nuestros. Prisioneros fueron llevados a Batavia y allí fueron puestos en libertad; habían hecho una muy honrosa defensa.

(23) Fajardo era pendenciero y pronto fue odiado, como lo fue su valido el Maestro de Campo Venegas, que al fin hubo de ser encarcelado y sometido a tormento. Murió en prisión.

(24) El 30 de noviembre de 1645 sacudió a Manila un fortísimo terremoto, en el sentir de aquellos hombres propicios a ver en todo la mano del Cielo, muchos creyeron ver un castigo divino por la injusticia que se hacía a don Sebastián Hurtado de Corcuera.

la justicia y fue absuelto por el Consejo de Indias, con todos los pronunciamientos favorables y se le rehabilitó nombrándosele gobernador de Canarias. Murió en Tenerife el 10 de julio de 1653.

*LLEGADA A FILIPINAS DE HURTADO DE CORCUERA.
CAMPAÑA PRELIMINAR. COMBATE NAVAL DE PUNTA FLECHAS*

Tomó el mando Corcuera en junio de 1635. Tuvo que defender la necesidad del establecimiento del presidio de Zamboanga; estableció el impuesto *del Palay*, para mantenerlo y envió a dicha fuerza, como gobernador, a don Bartolomé Díaz de la Barrera, y, por jefe de las fuerzas militares y navales al sargento Mayor don Nicolás González. El sultán de Mindanao, primer objetivo este reino, era a la sazón Cachil Corralat (Cachil por ser de sangre real), conocido con el sobrenombre del Barbarroja Filipino, por sus aptitudes y ansias piráticas. Corría el año 1636 y su capitán general de Tierra y Mar, Tagal, surcaba los mares con una escuadra de grandes caracoas bien repletas de guerreros. En realidad lo que hemos titulado campaña preliminar (de nuestras fuerzas) es, más propiamente hablando, una reacción contra la que desarrollaba Tagal. Este llevaba ocho meses de depredaciones, llegando a las islas de Cuyo y Calamianes, y costa de Mindoro (25). *Robó las iglesias profanando los vasos y vestiduras sagradas, despedazando las santas imágenes y cautivando los ministros en estas islas.* De éstos apresó a tres agustinos recoletos en Cuyo, y del Corregidor. Tagal se jactaba de sus reprobables acciones; decía *que Mahoma llevaba cautivo al Dios de los cristianos.* Aparte de la profanación de los vasos sagrados, se apoderó de un lienzo con la imagen de Cristo, haciéndole un amplio agujero para meter la cabeza lo usaba como una especie de poncho, colgando parte por su pecho y parte por su espalda.

Se retiraba Tagal a su base de Lamitán, en Mindanao, llevaba sus cuatro caracoas y tres barcos más pequeños, todos, los siete, cargados con el rico botín y los numerosos cautivos aprehendidos. No quiso pasar entre Joló y Basilán y decidió aprovechar la oscuridad de la noche para pasar entre Basilán y Mindanao, por delante mismo de la fuerza de Zamboanga, a distancia de legua y media, aproximadamente, de ella. Era el 17 de diciembre (1636). Un indio

(25) Al parecer, Tagal pidió a los joloos que uniesen barcos a los suyos para llevar una mayor fuerza en la expedición, pero ellos se lo negaron *porque ya estaba muy cerca el español.*

denunció el paso; como los barcos moros iban sobrecargados podría alcanzárseles. Y más debiendo detenerse en Punta Flechas, antes de entrar en la bahía Illana, donde está Lamitán, para llevar a cabo los ritos inherentes al regreso, el lanzamiento ritual de las flechas (26)... González, en menos de dos horas tuvo preparados sus barcos, seis, en los que embarcó 150 soldados españoles y 150 *visayos de guerra, con sus piezas*. Hubo de hacer que regresase uno de los barcos por hacer mucha agua. Cerca ya de Punta Flechas encontró dos barcos enemigos, uno pequeño que logró escapar por su ligereza, varando en tierra, y otro mayor que se vino la Capitana de González, *dándole tres cargas y pasándola con un balazo de pieza*. Lo mandaba un moro principal mindanao, Anpay Apuy, que se defendió bravamente contra la embestida de nuestra Capitana, *por no quererse rendir murieron casi todos, aun los que escapaban a nado se vinieron a manos de nuestra Almiranta*. Se rescataron muchos cautivos cristianos y se recobró valioso botín, producto de tan prolongado pillaje.

En Punta Flechas encontraron los nuestros cuatro barcos moros; éstos estaban lanzando las flechas, dardos de caña tostada... Procuraron huir al ver venir encima a los nuestros; dos vararon y los otros dos escaparon aprovechando la oscuridad de la noche. En esto se produjo un temblor de tierra que se sintió mucho en la mar, *y un ruydo tal que parecía se abría algún boquerón de Infierno... todos nuestros soldados atemorizados de tan espantosos ruidos se armaron con sus rosarios y reliquias*; parte del mogote que formaba el promontorio se desmoronó cayendo al mar con fragor. *Se desgajó un buen pedazo de su eminencia y con horrible estruendo dio en la mar, y pareció que con ella se hundía la tierra*, dice el padre Combes. Y sigue con la lógica de su tiempo: *fue sin duda sentimiento que hacía el gran diablo de Mindanao encastillado en aquella roca, viendo su poder abatido...*

A media noche descubrió nuestra armada la capitana enemiga que venía la mar en fuera, con otro barco más chico, dice otro re-

(26) En Punta Flechas, Panaan (pana=flecha) se efectuaba el acatamiento a una deidad de la guerra, Divata. Lanzaban contra la tierra, que era blanda y arcillosa, bacayanes y otras flechas y lanzas arrojadas. Si la lanza o la flecha quedaba clavada era signo de buen augurio, y de malo si no se clavaba. También dejaban víveres cerca de la Punta en cuestión, para la susodicha deidad. Los jesuitas que escriben acerca de todo esto interpretaban que el lugar era sede de un poderoso demonio. Veían algo sobre natural en todo esto, de ahí el sacar rosarios y reliquias los soldados al sobrevenir el terremoto. Eran tiempos en que el hombre estaba propicio a ver las cosas de ese modo.

lato (27). *González se mantuvo quedo mientras el enemigo se acercaba para lanzar contra tierra. Era un navío muy grande, tenía de boga 120 hombres. Iba cargado con cautivos, presas y municiones. Fue abordado por nuestra capitana y por nuestra almiranta. Aquélla hizo fuego con un cañón muy cargado. Carlos —dice el cronista— le avía echado vala rasa, pie de cabra y una lanterna llena de balas de mosquete; comenta finalmente que Carlos era buen artillero y buen cristiano. Se hicieron otros disparos de artillería, si bien no tan mortíferos como el primero que mató veinte hombres de los enemigos. La infantería rompió el fuego con sus mosquetes, los soldados dispararon los más dellos a más de treinta veces cada uno, y eran 24 hombres escogidos, con mosquetes, en sola nuestra capitana. Se pasó seguidamente, al abordaje, el sargento mayor, González, mató por su mano a dos que se enfrentaron, otros moros se echaron al agua, pero la mar y el fuerte viento les impidieron llegar a la costa que trataban de ganar a nado.*

Murió Tagal a manos de nuestros soldados y su hermano, gravemente herido, pidió el bautismo. Se lo suministró el Párroco de Cuyo que también estaba mortalmente herido. Poco después de bautizado el moro murieron ambos. Muchos de los cautivos, que hubiesen sido libertados, también murieron, por desgracia, heridos por las balas de los nuestros disparadas en el combate. Se rescataron sin embargo, vivos, 120 cristianos y varios sacerdotes. Murieron 300 moros, tan sólo quedaron 14 mindanaos vivos *que se quisieron dar para batutizarse; los demás mostrando los dientes pelearon hasta morir.*

CAMPAÑA DE MINDANAO. TOMA DE LAMITAN

Se celebró un consejo de guerra, en Manila, en el que sus componentes se opusieron a la campaña que Corcuera quería llevar sobre Mindanao, de acuerdo con la Real Cédula que había traído y con sus propios convencimientos. En Manila se temía sin duda la disminución de guarnición, ante posibles ataques, que llevaría consigo el ir a guerrear con los moros del sur, a gran distancia de la capital (28). Tan sólo estuvo de acuerdo con el parecer del gober-

(27) Podemos apreciar que la armada de los moros se retiraba a su base en dispersión lo que favoreció mucho la victoria de los nuestros.

(28) Siempre la carencia de tropas. Cuando consideremos el recibimiento que se hace a Corcuera después de su victoria de Mindanao, veremos que forman únicamente seis compañías, aparte de las expedicionarias que eran las que quedaron guarneciendo Manila, eso sí bien artillada.

nador su sobrino el sargento mayor don Pedro Hurtado de Corcuera. Con arreglo a lo establecido prevaleció la opinión del capitán general una vez que oyó el parecer de los componentes del consejo... Se hicieron los preparativos para la expedición y salió ésta de Manila el 2 de febrero (1637), embarcadas las tropas en once champanes (29). Se había tenido noticia de que 80 caracoas de moros estaban en la mar y aceleró todo para tratar de encontrarlas y darles la batalla. No hallaron rastro de ese anunciado enemigo.

En Punta Naso sufrió la armada un fuerte temporal que puso en peligro a la capitana, que tuvo avería en el gobernalle... Disponemos de una carta del Padre Mastrilli S.J. (30) al Padre Provincial de Filipinas en la que se dan todos los detalles así como el empleo del tiempo durante la navegación, sucediéndose los actos religiosos. El cristiano fervor impregnaba la vida de los nuestros que iban a la guerra como a una verdadera cruzada. Iba también con Corcuera, a más del Padre Mastrilli, el Padre Barrios su confesor.

En Ogton, en la isla de Panay (muy cercano a Ilo Ilo) tuvieron la noticia de la victoria de Punta Flechas, que trajo también otro Padre Jesuita, el P. Belin. Con él llevó los vasos sagrados rescatados en aquel combate y las vestiduras para el culto y un lienzo que representaba un Santo Cristo, con San Agustín adorándole que ya hemos mencionado como usado por Tagal como capote. El P. Mastrilli, en su carta dice por *un moro*, sin especificar cuál. El P. Mastrilli, que podemos considerar como director religioso de la expedición, ideó usar tal lienzo como guión espedicial de aquélla, pintando además la figura de San Francisco Javier al que se nombró Patrón de aquella fuerza expedicionaria. El P. Mastrilli se constituyó en abanderado de tal insignia.

El capitán general pasó revista a todos los bastimentos preparados en Ogton para mantener aprovisionada la fuerza en Mindanao. Allí había abundancia. Era el lugar en que se abastecían las armadas de socorro a las Molucas.

(29) Champanes eran buques semejantes a los juncos grandes, aún existentes en los mares de China y Japón. Barcos largos, de tres palos, con velas de estera.

Las caracoas eran de remo, bogando los hombres con pagayas, con batangas, o estabilizadores, bogando los hombres no sólo en el casco sino sobre aquéllas.

(30) El Padre Marcelo Mastrilli era tenido por Santos: Estando muy grave, moribundo, en Nápoles, dícese que se le apareció San Francisco Javier, ofreciéndole curarle si se consagraba a las misiones de Oriente, y en ellas le encontramos y en olor de Santidad. Era hijo del marqués de San Macarvo. Corcuera tuvo gran empeño en llevarle con él. Le fue de gran ayuda para mantener el espíritu de sus hombres. El P. Mastrilli murió, mártir, en el Japón.

Se hizo de nuevo la expedición a la mar y el 22 de febrero llegaba aquélla a Zamboanga. Corcuera suprimió toda clase de salvas tratando de ocultar su presencia la flota, con todo se enteró de ello el rey de Mindanao Corralat, por el hijo de un moro principal de Basilán (que fue preso).

Siguen los cultos y después de una Comunión general, sale la armada: el 3 de marzo los champanes, y al día siguiente las caracoas, a remo, en número de once, en ellas iba el capitán general, considerando que, al ir a remo, era más segura su llegada antes que la de los champanes supeditados a los vientos que se encontrasen. El total de las tropas embarcadas era de cuatro compañías: la propia del capitán general de 150 hombres; la de Nicolás González el vencedor de Punta Flechas; la de don Nicolás Ugalde, la de *los marineros* (Ugalde mandaba el champan que fue capitana); y la compañía de los pampangos; las tres de 100 hombres.

No quiso esperar Corcuera los refuerzos que se esperaban de *Pintados* (de las Visayas): 80 españoles y 1.000 indios *voluntarios aventureros*, mandados por los capitanes Juan Nicolás y Juan de León. El P. Mastrilli, en la carta al P. Provincial Juan de Salazar a que antes se aludió cita con respecto a la voluntad impaciente de Corcuera algo de San Francisco: *Muchas veces pensamos —dice— que nuestro parecer sea mejor, con todo avemos de dexar las cosas a quien gobierna, si queremos acertar.* Se dejaban atrás a los indios como *confusión de los moros (que no esperaban aún el ataque) y desengaño de los indios que saben y pueden los españoles pelear en sus mismas tierras, sin ellos, cuando quieren.*

Navegaron hacia el enemigo... En el golfo de Lasilarga (¿seno de Sibuguey?) sufrieron una gran tormenta. Nicolás González quedó con ocho caracoas para remolcar los campanes por Lasilarga que es un estrecho de mar de dos leguas, entre la gran isla de Mindanao y otra isleta (¿Olutanga?). Corcuera siguió adelante y se atracaron a Punta Flechas por el lado de poniente. Se dijo misa, se plantaron cruces (en el modo de pensar de la época, creían el lugar como habitación del demonio; del Gran Diablo de Mindanao, que personificaba todo lo que se oponía a los españoles, con respecto a la isla y con lo relacionado con ella ayudando a los moros... Se cambió solemnemente el nombre a la Punta, ya santificada, poniéndole el de San Sebastián, por las flechas y por ser Sebastián el capitán general.

Siguieron el viaje pero les costó mucho doblar Punta Flechas; tres veces lo intentaron, impidiéndoselo el viento contrario y la mar;

mas también, a la cuarta tentativa, estuvieron *más de una hora, sin poder pasar adelante*, pese a estar la mar y el viento en calma, *aunque nuestra Caracoa —dice el P. Mastrilli— tenía noventa «barrigas» (así llaman en las Islas de Pintados a los bogadores)*. Seguramente se trataba de una gran corriente en contra, de las existentes a las grandes mareas irregulares que había en estas islas (como ya consideramos). Pero los nuestros, desconocedores quizá de esa corriente, creyeron de nuevo habérselas con el Gran Diablo de Mindanao. *Echamos reliquias a la mar*, dice el padre... Siguieron adelante.

Llegaron a Lamitán, corte de Corralat. *A Mindanao, dice, el 13 de marzo, algo lejos de la población (31)*. Corcuera en persona saltó a tierra con seis soldados para reconocer el lugar, ahuyentaron a unos moros a tiros de mosquete. Contaba ya el general con más tropas, pues dos champanes habían ya llegado, reforzados por tres caracoas cogidas a los moros. Desembarcaron 70 hombres, entre españoles y pampangos, con dos piezas de artillería de campaña en vanguardia. Un indio les señala el fuerte de Corralat. Corcuera escoje el itinerario de ataque y evita la mayor resistencia, marcha en vanguardia, con un gran perro que lleva un negro; le cierran el paso cuatro moros que se echan sobre él; el perro estaba lejos en ese momento y el general *puso mano a la espada, con tanto brío que desanimados los moros, volvieron luego las espaldas*. Uno, el *más alentado capitán de Corralat, sale de la estacada del fuerte, hiere a dos de los nuestros y ataca al capitán Lorenzo de Ugalde; él reparó con su rodela los dos primeros golpes de campilán, y luego, entrando con su espada le dió muchas heridas en cara; no pudiendo en el pecho por las armas que llevaba. Fue después muerto en el río. Con su muerte acaba la resistencia de los que mandaba y, por lo tanto del fuerte (32)*. Este estaba armado con ocho piezas de artillería de bronce, 26 versos, muchos mosquetes de pinzote (de parapeto), arcabuces y muchas armas blancas, arrojadizas o no.

Dejando al P. Mastrilli y tomando la carta del P. Alejandro López (33), éste se expresa: *Corcuera les dió el Santiago (esto es*

(31) Lamitán no existe en la actualidad. Estaba situado entre la Punta Lapitán y la Sabanilla (antiguo Tuboc). El hombre de Sabanilla fue puesto por los españoles. Allí construyeron un fuerte bajo la dirección del P. Melchor Vera S.J. El río cercano a Lamitán es el Maladic. Según los relatos, los nuestros hubieron de pasar un río para acercarse a los objetivos desde el lugar de desembarco. Reconocido el río se ocupa una playa, sin cruzarle aún, con 25 mosqueteros.

(32) Se dan ciertos detalles para mostrar el modo de ser de estos combates.

(33) Carta del Padre Alejandro López, Rector del Colegio de la Compañía

lanzó el grito de guerra de los españoles e inició el asalto). Y fue cosa que tuvo por milagrosa que con tan poco número venciese a tanta morisma, ganando el fuerte y el pueblo. Pues es que también ganó la mezquita donde se habían hecho fuertes los moros, mandados por un *condestable de ellos* (P. Mastrilli) que había dicho a los suyos que no huyesen hasta verle muerto y que los nuestros no podrían matarle. El capitán Zubiri le pasó la frente con dos balas, con el mosquete que llevaba. El resto del cuerpo lo llevaba cubierto con una fuerte rodela inglesa (34). Entre los moros heridos estaba *el rey de la Laguna* (¿de Lanao?) que había venido a celebrar la boda de un primo suyo con una hija de Corralat.

Este que se había mantenido haciendo fuego con un cañón junto a una de las estacadas; cuando lo vio todo perdido, embadurnada la cara con negro, huyó hacia la posición de última resistencia que estaba alejada del pueblo, sobre un elevado cerro muy bien fortificado, el Ilihan (la palabra significa *fuerte por naturaleza*, tan escarpado era el cerro). Con Corralat se retiraron a esta posición muchos fugitivos.

Conquistaron los nuestros 300 barcos entre grandes y pequeños y cobraron un cuantioso botín. Encontraron cinco barcos de Java cargados y dispuestos para salir. Los javaneses eran los que habían animado a Corralat a resistir a los españoles, pues él se mostró propicio, en un momento, a entregarse. De los barcos de Java se rescataron cautivos que estaban embarcados como mercancía ya pagada, como esclavos para llevar a aquella isla. Dícese que también impulsaron a efectuar la defensa —¡cosa extraña!— los cristianos. Dice el P. Mastrilli que le prometieron *combatir los primeros, y así lo hicieron, en particular el día del asalto al cerro fueron los que más daño nos hicieron. Los mismos moros, de rabia, les quitaron la vida por el mal conseguido*. Querrían los cristianos congraciarse con Corralat.

Terminados los combates por el fuerte y por la mezquita, los nuestros se organizaron para la defensa por si contratacaban los moros. Había llegado el resto de la expedición (15 y 16 de marzo), solamente se había perdido una caracoa por efecto del temporal que habían sufrido los buques. Todos pensaban que el triunfo conseguido era un milagro. Se purificó la mezquita y se quemaron

en Cavite, a los Padres Diego de Bobadilla y Simón Costa, Procuradores de la Provincia de Filipinas.

(34) *Ibidem*, nota 32.

los libros, se celebró una procesión en acción de gracias. Todos los actos de la expedición, salvo los combates y navegaciones, estaban impulsados por un profundo espíritu religioso. Se perfeccionaron los preparativos para marchar contra el Ilihan, el fortificado cerro...

Salieron contra él, el 17, después de celebrarse el Santo Sacrificio de la Misa (todo se hacía a estilo de cruzada). Salieron los nuestros en dos columnas, pues «la traza», el plan, era atacar según dos direcciones: *dar a un mismo tiempo por entreambas partes el Santiago al descubrir (coronar) el cerro.*

EL ATAQUE AL ILIHAN DE CORRALAT. SU CONQUISTA

La columna que había de atacar el cerro, directamente iba mandada por el capitán general en persona. La que había de hacerlo por retaguardia iba a las órdenes del sargento mayor don Nicolás González, el vencedor de Punta Flechas. Esta había de dar un gran rodeo, de unas tres leguas. Ello le hizo tardar más de lo calculado y la vanguardia de Corcuera trabó combate con los defensores, entregándose a él toda la columna sin que hubiese llegado la mandada por González. Este se vio muy contrariado viendo que no se había hecho lo convenido, pero, como veremos, siguió adelante.

Los de Corcuera hubieron de subir una empinada cuesta por muy mal camino, bordeado de precipicios. Afortunadamente el general había escogido ese itinerario, pues en el otro, más fácil, se les esperaba con tres piezas de artillería que batían todo el camino y no era posible salirse de él. Uno de los cañones, cuando fue después descargado por nuestros artilleros se vio que estaba cargado *con dos balas de su porte, dos pies de cabra y 300 balas de mosquete, con doblada carga de pólvora.* Sigamos ahora al P. Combés: *Los nuestros corrieron las trincheras hasta descubrirse a toda la batería enemiga, que a su salvo comenzó a jugar de todas la sarmas... O por sobrado valor, o por embidia de que los de la retirada (los del ataque por la espalda, los de la otra columna) se llevasen la gloria de la victoria... anticiparon a la orden de la embestida, y se hizo guerra rota, y asalto manifiesto, lo que se ordenó para reconocimiento (tan solo): porque por esta parte era inaccesible el cerro, y temeridad cualquier acometimiento.* Está muy bien expuesto. Siguen detalles de las bajas de los capitanes y alféreces. Uno de éstos Amezcua llegó a tremolar su bandera sobre el parapeto de los enemigos, pero cayó herido de una lanzada en la cabeza y de varios flechazos (compites), en la garganta. Cayeron muchos españoles sin daño de

los enemigos que estaban bien protegidos. Pronto llegaron a contarse 18 muertos y 80 heridos... Corcuera, al ver que no podía darse el asalto dio la orden de retirada, recogiendo los heridos, pues los más de los muertos habían caído al foso. Hubo que conformarse con la evacuación de aquéllos, difícil por lo quebrado del terreno. Corcuera estuvo a punto de ser alcanzado por una bala de mosquete, que dio en la faldilla del morrión de su paje de rodela (34 bis).

El capitán general quedó muy preocupado con lo que podía acontecer a la columna de Nicolás González mas no pudo mandársele un propio comunicándole lo sucedido en el ataque frontal. Ello fue una suerte, pues González siguió adelante y si bien no hubo ataque simultáneo la dilación resultó, al cabo, beneficiosa, pues los moros creyeron que tan sólo había un ataque y que lo habían rechazado con victoria para ellos. Se entregaron los de Corralat a toda clase de alegrías, embriagándose (estos moros no observaban la abstinencia en lo que a la bebida alcohólica se refiere). Descuidaron con ello toda vigilancia y no pensaban que iban a ser atacados tan pronto y menos por el itinerario escogido por González, en verdad muy difícil. El ataque de los nuestros, en la amanecida, sorprendió a los moros. Corralat, al verse embestido de modo tan inesperado, y ya con un brazo herido, emprendió la huida y con él los suyos; cada uno por dónde pudo, despeñándose no pocos (35).

En el Ilihan encontraron los vencedores varios cautivos; entre los cuales estaba un padre agustino recoleto acribillado de heridas recientes. Descendido del cerro fue atendido personalmente por el capitán general, dando éste muestras de una gran caridad. Se hizo a los moros gran mortandad en el cerro y también fueron numerosos los cautivos que se cobraron. El botín fue cuantioso, ya que tenían en el cerro lo de más valor de todo lo que tomaban en sus piraterías. Piezas de artillería se tomaron en total doce cañones de grueso calibre (*de cuchara*, por su forma de carga); 27 versos y falcones, y 120 mosquetes y arcabuces; algunos de los primeros, de parapeto. Quedan pues comprendidas las armas de fuego portátiles. También se cobraron muchas armas blancas, lanzas, campilanes, crises y flechas de toda clase.

(34 bis) Le entró por un carrillo y le salió por la boca, y fue a alojarse en las de don Francisco de Valderrama, que fue derribado. La bala quedó en unos corporales que llevaba y ello se tuvo por milagro.

(35) Se tuvieron noticias de que uno de los muertos al despeñarse había sido la mujer de Corralat, con un niño en brazos, muertos pues los dos; mas al parecer fueron noticias falsas.

Se pegó fuego al poblado de Lamitán, así como a la mayor parte de las embarcaciones tomadas. De tres centenares que sumaban se conservaron tan solo uno, que fue llevado a Zamboanga.

Después de algunos días de descanso y de haber tenido lugar las ceremonias religiosas de acción de gracias, entre ellas una solemne procesión en la que iba delante el Padre Mastrilli con el estandarte del crucifijo y, Corcuera marchaba en la presidencia, cubierto con su albo manto de Alcántara, con la cruz verde, embarcaron para emprender el regreso el 25 de marzo. Como despedida, ocho «falúas Reales», con artillería y mosquetería hicieron fuego sobre los bosques que poblaban dos montecillos cercanos por destruir las emboscadas que en ellos los moros tenían establecidas. En realidad este cañoneo tuvo lugar simultáneamente con la procesión. Se reconocieron después los bosquecillos batidos por la artillería y se encontraron numerosos cadáveres.

DESPUES DE LA VICTORIA

Había que asegurar cuanto más posible la situación conseguida. Corcuera no tenía fuerzas para dejarlas asentadas en los objetivos conquistados y había que hacerse labor de atracción con moros enemigos de Corralat. Este se había escapado y era mucha su influencia, que empezaría a notarse no bien se fuese olvidando a los moros el tremendo castigo infligido.

Corcuera mandó al sargento mayor don Pedro Palomino, con cien soldados españoles, acompañado por el P. Melchor de Vera a establecer contacto con Cachil Moncay, sultán de Buhayen (36), primo de Corralat y enemigo suyo por tenerle por tirano que le había cogido terrenos que le correspondían como rey legítimo de Mindanao. Debía Palomino establecer paces con Moncay y hacer que se apoderase de él. Cuando se retiraba Corcuera del destruido Lamitán llegaban los refuerzos de *Pintados*, mandados por los capitanes Juan Nicolás y Juan de León con los que iba el P. Gutiérrez, rector de Dapitán, buen conocedor del idioma. Llegaban pues tarde pero serían aprovechados para la explotación del éxito. Corcuera les mandó primero que fuesen con Palomino para hacer más fuerza:

(36) Buhayen estaba situado en el delta del río Pulangui o río grande de Mindanao. Su capital, a unas doce leguas de la desembocadura. Moncay era mestizo, dicese que era hijo de la reina y de un alférez español llamado Alzate. Por el color de su piel era llamado el *Sultán Blanco*.

para dar más calor al tratado, teniendo en cuenta que a los moros les imponía siempre una fuerza numerosa.

Corcuera se detuvo en Zamboanga para esperar al embajador de Moncay, que allí llegó con el sargento mayor Palomino. Aquél mandó a su hermano. Ofrecía acatar la soberanía del rey de España (a la sazón don Felipe IV), pagando tributo a los españoles, poner en libertad a todos los cautivos cristianos, admitir a los misioneros para predicación del Evangelio y permitir el establecimiento de un presidio con fuerza del rey de España. Corcuera ofreció el pago de 2.000 pesos si entregaban muerto a Corralat y 4.000 si lo entregaban vivo. El embajador prometió ir a Manila.

El capitán Juan Nicolás Godino fue enviado por Corcuera, de nuevo, a Lamitán y que después recorriese la costa de Mindanao, bojeándola; entrando en el mayor número de puertos que pudiese, por Caraga (al este) hasta Dapitán (al norte), con su fuerza de 100 españoles y mil indios aventureros, *entrando a sangre y fuego en los pueblos que se resistiesen*. Era la explotación del éxito, en la medida que era posible hacerlo. Quemaron muchas casas y embarcaciones e hicieron numerosos cautivos; y decapitaron —al uso de la guerra de allí, entonces— a muchos moros rebeldes *haciendo ver cuán pequeño era el poder de Corralat comparado con el de España*.

Moncay empezó a cumplir lo pactado devolviendo muchos cautivos.

Corcuera regresó a Manila donde tuvo un recibimiento triunfal. Este merece relato aparte por lo que expresa el modo de ser el protocolo de entonces.

Corcuera vio claramente que tendría que seguir la lucha contra los moros. Con respecto a los de Mindanao desconfiaba de las paces establecidas con Moncay, y Corralat estaba vivo. Vio lo urgente que era someter a los joloanos y se preparó para marchar contra ellos mandando personalmente la expedición como había hecho contra los mindanaos. Complicaban la situación los holandeses que suministraban armas a los de Joló y les animaban a seguir con sus piraterías. Pese a ser menos número resultaban, a la larga, más peligrosos que los lutaos de Mindanao.

Antes de pasar adelante hay que hacer constar la predisposición hacia España, y generosidad, de los chinos sangleyes —todo no

iban a ser adversidades—. Agradecidos a Corcuera por haber liberado a 31 individuos de ellos, de mano de los moros y reconocidos también por haberles dejado libres para efectuar sus contrataciones por mar, hicieron un importante donativo: 6.000 pesos. Manifestaron que se les mantenía en paz y justicia. Con su donativo se pagaron los principales gastos de la expedición, y sobraron 1.000 pesos (37).

RECIBIMIENTO TRIUNFAL EN MANILA

La expedición fue llegando a Cavite, después de sufrir cuatro baguios (huracán en Filipinas), que la disgregaron. Una vez que estuvo reunida en el referido puerto. Y desde él se dirigieron los expedicionarios a Manila, a remo, desembarcando junto a la fuerza, o castillo, de Santiago, en el extremo sur de la ciudad vieja (después llamada Intramuros), del lado del mar. Salieron a recibirles dos champanes con japoneses cristianos; con telas blancas con cruces verdes y banderas, también blancas con flores igualmente verdes. Llevaban un clarín con que dieron la bienvenida al capitán general. Este desembarcó *en una casa donde se había hecho un cuerpo de guardia...* Se puso en movimiento la Muestra: *Marchó en primer lugar Nicolás González, con su compañía llamada «de los coletillos», por la indumentaria de sus hombres; cercaban a su paje de rodela otros muchos, con las armas que se quitó al Mindanao en la batalla naval (de Punta Flechas)... Seguía la compañía de los Marineros (de Cavite), que gobernaba el Alférez Amezquita. Iban en dos hileras porque cogían en medio los indios y sangleyes que se sacaron del cautiverio de Corralat... ciertos indios nos enternecían —dice el P. López— (38) con sus rosarios en las manos...* Más atrás, en medio de la compañía iban los cautivos que se habían hecho, *las mujeres y los niños sin prisión, los hombres con cadenas ya grillos, marchando...* Seguía la gente que llevaba las armas blancas cogidas al enemigo: *rodela, coraza, campilanes, lanzas, y las trompetas bélicas que parecían clarines de holandeses (lo serían).*

A continuación marchaba la compañía de pampangos, muy lucidos soldados indígenas, que habían tomado parte, como las anteriores, en la victoriosa jornada. Seguía el capitán Carranza, jefe de la artillería. Iba a caballo y tras él los carros con armas de fuego cogidas al enemigo: tres carros con mosquetes y arcabuces; luego,

(37) Los sangleyes se sublevarían más tarde, en 1641 y 1642. Siendo su levantamiento reducido con toda energía.

(38) Carta del P. Juan López, S.J., escrita a los padres de Cavite.

en otros cinco o seis carretones, cada uno con dos piezas pequeñas y falcones; seguían después las piezas de artillería grandes, cada una de por sí; de todas tiraban indios con maromas, y la última pieza la llevaban cuatro caballos. Todas estas armas iban guardadas por artilleros. Seguían seis muchachos arrastrando seis banderas tomadas a los moros.

Cerraba la marcha *la compañía del señor Gobernador (como era normal la tenía propia), con mucho lucimiento; don Sebastián Hurtado de Corcuera, a caballo, pisando las banderas enemigas (más señal de vencimiento), detrás de él su paje de rodela, llevaba su morrión y en él un monte de plumas blanco...* Iban también a caballo su capellán y un secretario.

A la entrada a la ciudad *hizo salva la artillería de los fuertes que están en la puerta de Bagunbaya...* Repicaron las campanas de los jesuitas, se tocaron chirimías y la capilla cantó un villancico. Todos estaban con sus manteos (extraordinario atuendo para misioneros, verdadera gala). Le esperaron en un arco triunfal *aderezado de sedas, de tarjas y de poesías*. Se leyó una poesía dándole las gracias al general, por la victoria conseguida, y también a los soldados (no se olvida pues su esfuerzo). El general dio las gracias, en nombre de todos.

En la plaza *estaba armado un escuadrón (de Infantería), de seis compañías*. (Nos da idea de la cuantía de las fuerzas en la guarnición principal del archipiélago, menguada en verdad para ser la reserva de tan vasto mundo insular) (39).

Echó pie a tierra el capitán general junto a la Iglesia Mayor. Aguardaba la Real Audiencia (preminencia de ella sobre los demás estamentos), y los Cabildos eclesiástico y seglar (no se hace mención especial del señor obispo). El capitán general era, como en Méjico y en el Perú, presidente de la Real Audiencia). *Entró (Corcuera) y estuvo haciendo oración buen espacio (su primera actividad personal del acto) postrado humildemente en el suelo, refiriendo a Dios todo el buen suceso...* (la devoción del gobernador era mucha).

Volvió a montar a caballo y *pasó, sombrero en mano (con ganta apostura de mando y respeto), ante las tropas: ante los capitanes y soldados, con grandes muestras de benevolencia, le res-*

(39) Y eso que se habían recibido refuerzos en dos ocasiones, al menos, en cuantía aproximada de 500 hombres cada vez. Una de ellas cuando vino a hacerse cargo del mando el gobernador Niño de Távora, en 1626.

pondió «el campo» (toda la fuerza) con una salva general y los alféreces abatieron las banderas... Al acercarse al castillo de Santiago se le hizo salva con toda la artillería... Tras la propia compañía del capitán general fueron marchando las del campo, con lo que se acabó tan lucido triunfo...

No terminaron los festejos en un día; al pasar algunos se hicieron luminarias, de noche, y no se olvidó lo más justo: el 3 de junio se celebraron solemnes honras fúnebres por los muertos en la campaña. Y el 7 hubo una procesión de acción de gracias: *los piqueros marchaban en dos hileras, con sus picas levantadas*. Se llevaron en triunfo los ornamentos y casullas rescatados, encabezado todo por el estandarte del Cristo, del P. Mastrilli. Alegraba la procesión mucha variedad de danzas y otras invenciones con varios instrumentos músicos y dos órganos portátiles... Con las piezas de artillería tomadas al enemigo se hizo una salva al Santísimo Sacramento. Otra hizo *el campo que estaba formado, de ocho compañías de arcabuceros, en la plaza de la ciudad*.

Y es curioso consignar que hubo *fiestas de moros y cristianos* (como en nuestro Levante peninsular). Fue tan a lo vivo la pelea para conquistar un fuerte hecho por los muchachos de las escuelas, que *el que hacía de Corralat resultó herido en la cabeza y hubo de dársele 5 puntos, pues le arrojaron de la muralla abajo...* Hubo un torneo literario en que se ensalzó de sobremanera al capitán general (40).

Llegaron naves de Méjico: *Naos de Castilla...* Victoria, acción de gracias al Todopoderoso, alegría de fiestas, llegada de recursos y refuerzos... Todo el porvenir se presentaba risueño en la Manila de julio de 1637.

EXPEDICION A JOLO. EN MARCHA HACIA EL ENEMIGO. EL ATAQUE

Corcuera emprendió la marcha contra los joloanos en diciembre de 1637; salió de Manila el día 9. Llevaba la expedición unas 80 embarcaciones, transportando 600 españoles y 3.000 indios. Tomó

(40) Como muestra del todo laudatorio de todas esas poesías, muy numerosas, del torneo literario, presentamos esta décima: *Ya tu nombre belicoso — Corquera a rey se levanta —, y aún a reyes se adelanta — en sus glorias animoso. — Que pues tu valor dichoso — rindió tan soberbias greyes — y a su pesar les dio leyes, — rey eres, pues que rey llama — con voz de clarín la fama — al que rinde y vence reyes*. Barrantes, en su libro, reproduce muchas poesías de este certamen.

puerto en Punta de Naso, cerca de Ogtón, en la Isla de Panay. Allí se reunieron los barcos que habían sido dispersados por los fuertes temporales que sufrieron. Vino un champan cuyo capitán refirió cómo pasando su barco, solo, por delante de la isla de Mindoro avistó una armada enemiga, de burneyes y camucones. El champán hizo ademán de retirarse mar adentro y fue seguido por los dos barcos enemigos de mayor porte. *Los nuestros se revolvieron tan gallardamente sobre las embarcaciones enemigas y les dieron tales cargas y tan a tiempo que ambas se fueron a pique, y de la gente murió mucha que no se quiso rendir a los nuestros.* Se apresaron doce que fueron repartidos como esclavos por las iglesias.

Ya en Zamboanga, recibió Corcuera dos embajadores, uno de Corralat, que en nombre de éste pidió paces, ofreciendo un presente. Este no fue admitido por no venir Corralat a concertar las susodichas paces en persona. Ya sabemos que los nuestros se habían puesto en contacto con Moncay, rey de Buhayen, primo de Corralat y su gran enemigo. Otro embajador era del referido Moncay, excusándose de no haber ido a Manila y de no haber devuelto los cautivos. Presentó ahora hasta 36, número muy pequeño, teniendo tantos en su reino. Hizo un presente de gran valor. Pedía misioneros y soldados españoles para que le ayudasen en la lucha contra sus enemigos. Después de la toma de Joló habría de mandárseles.

Corcuera con enorme gallardía había advertido a los enemigos que marchaba contra ellos y éstos le esperaban bien preparados (41). Llegó a Joló el primero, el 4 de enero, embarcado en una galera y con ésta algunos barcos más. Conforme a su costumbre desembarcó enseguida con la infantería española que no era numerosa. Atacó el poblado bajo un diluvio de agua, tan espesamente llovía, impidiendo el uso de las armas de fuego. Tan sólo pudieron utilizarlas algunos, resguardados en unas casas. Fueron de gran efecto los piqueros que llevaba que contuvieron a los enemigos que se les echaban encima. Se retiró, al fin, a los buques y en esto llegaron las fuerzas del grueso.

Los moros, como era su táctica, se habían retirado a un cerro muy fortificado que tenían cerca del poblado principal. La subida

(41) Comenta el P. Juan Anglés, ya en 1778: *Esta gallardía realmente se le puede reprochar (a Corcuera). Tuvo la culpa, pues con bizarría poco prudente, al acabar la conquista a los mindanaos les envió a decir (a los joloanos) que se previniesen, que al año siguiente iría a visitarles, y ellos lo hicieron tan bien que por poco le pesa el aviso.*

era muy difícil, por algunos lados casi imposible, tajados en la peña los accesos; y *estaba este cerro fortificado con tales estacadas, fosos, terraplenes y baluartes, y de otras defensas tan ingeniosas, tan fuertes, tan incontrastables, y todo bien guarnecido de artillería gruesa, de falcones, de versos, de mosquetes, y sobre todo de gente tan diestra en esas armas y otras a su modo, como son lanzas, bayonetas, sompites (flechas de mano y de cerbatana) y otras semejantes que causaron espanto a muchos valerosos capitanes españoles que se habían hallado en Flandes y otras plazas de guerra, y decían no haber visto cosa semejante ni tan imposible de rendir. El principal ingeniero maestro de campo que dispuso eso fue el Dato Ache, azote destas Islas, famoso pirata; animoso soldado y más industrioso en todo género de militares prevenciones* (42). Aparte de joloanos guarnecían la formidable posición basilanos y macasares de las Célebes.

Empezó el ataque según dos direcciones, una de las columnas mandada por el sargento mayor don Juan Cáceres Melón y la otra por el de la misma clase don Nicolás González. Fueron detenidos estos ataques y hubo de establecerse un cerco en regla: *desde los mayores capitanes hasta los mínimos soldados comienzan a trabajar en la fortificación cabando*. Establecieron ocho cuarteles, después se agregaron dos más y se establecieron hasta un centenar de garitas elevadas sobre el terreno, para bien vigilarlo (el perímetro de la posición enemiga era de legua y media a la redonda). Se dispusieron destacamentos que batiesen la campaña por retaguardia de la línea de cerco, e hiciesen incursiones sobre poblados de los moros. También los barcos bojearon la isla, atacando los puertos que presentaban resistencia, quemando muchos enemigos y cobrando los que pudiesen ser útiles a nuestras fuerzas.

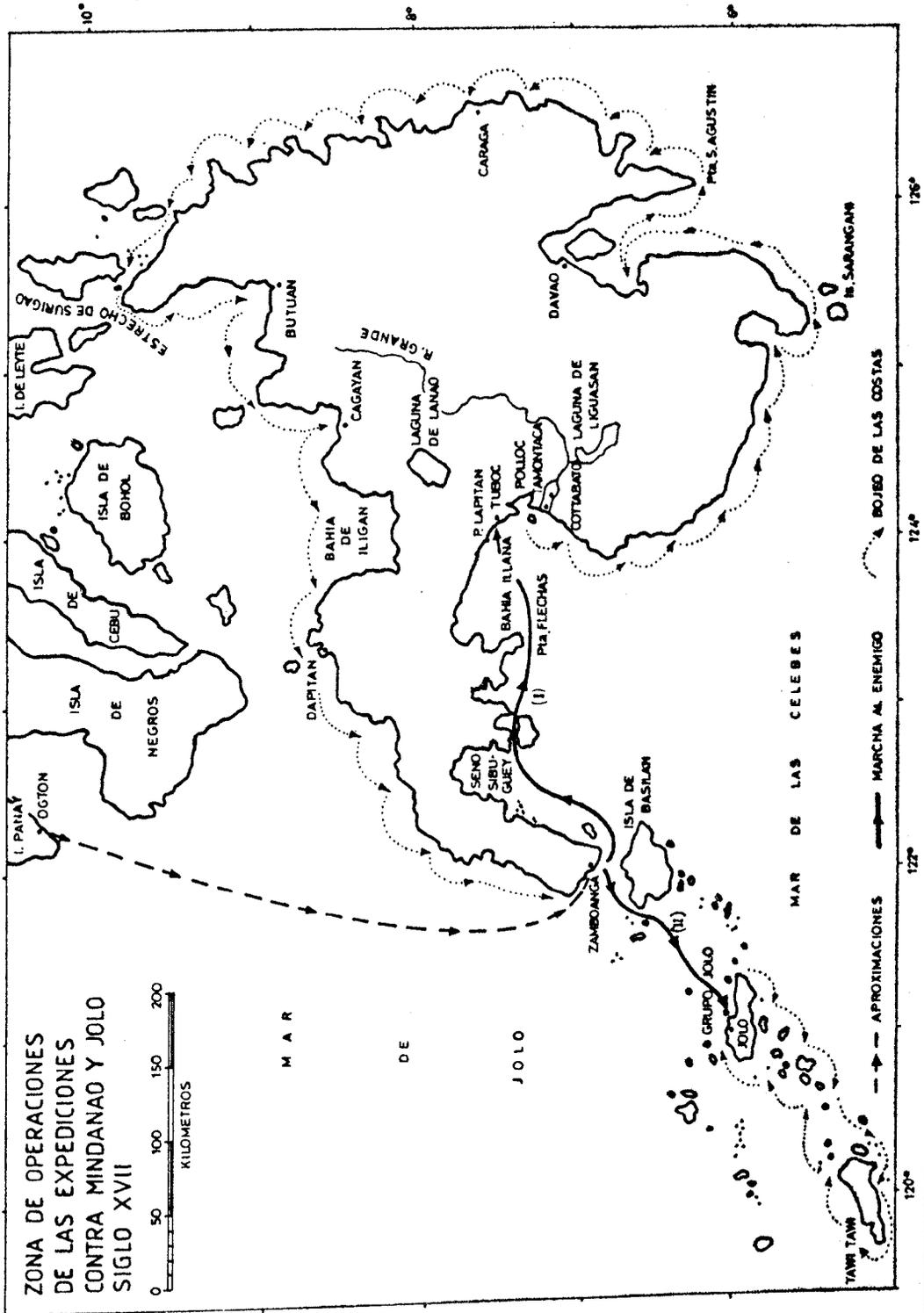
En uno de los cuarteles se emplazaron dos piezas de artillería con las que se batía parte de la fuerte posición enemiga. Se organizó el ataque con minas, el plan consistía en atacar de frente mientras se preparaba la voladura de la mina, y por la brecha que ésta produjese se efectuaría el ataque decisivo. Los moros descubrieron los finales de las minas y tomaron sus precauciones para taponar enseguida la posible entrada de los nuestros en la posición. Un segundo ataque de minas tampoco tuvo efecto por encontrarse la infantería algo más alejada de lo conveniente para aprovechar el efecto. En estos ataques murieron muchos de los nuestros, unos

(42) Manuscrito de la Biblioteca Real de Madrid. Catalina del Barrio 1639, en Madrid. Colección de Documentos Fernández de Navarrete. Museo Naval.

ZONA DE OPERACIONES
DE LAS EXPEDICIONES
CONTRA MINDANAO Y JOLO
SIGLO XVII



M A R
D E
J O L O



M A R D E L A S C E L E B E S

M A R C H A A L E N E M I G O

A P R O X I M A C I O N E S

120° 124° 128°

70 u 80 y entre ellos varios capitanes, uno de ellos el sargento mayor don Juan de Cáceres Melón. Los moros estaban muy bien protegidos y se les hacían muy pocas bajas. A pesar de la fuerte artillería con que se les combatía, *5 trabucos, el uno de 80 libras de vala, los demás de 40 y 30, con que se les metió dentro del cerro 86 valas de las de 80 libras, y 200 de las de 40 y 30.* Serían lombardas trabuqueras las piezas. Esto según el manuscrito de Del Barrio, de 1639.

Ante tales dificultades y bajas propias se criticaba a Corcuera, teniéndole como obcecado en demasía (43). El, por su parte, tomó sus medidas y sin quitar el mando a nadie se arregló para retirar a Zamboanga a los remisos; unos habían muerto ya en los combates, y a los demás retiró como enfermos o como heridos (44). Dio el puesto que tenía don Juan Cáceres a don Pedro de Almonte que había llegado con dos galeones y un patache, del socorro de Terrenate (45). En él tuvo Corcuera un magnífico segundo jefe, que pudo conseguir terminar muy pronto un reducto que ya se había empezado, pero que no se conseguía concluir. Lo hizo tras unas *mantas*, emplazando la artillería, y cuando ya ésta pudo hacer fuego sobre el interior de la posición enemiga las quitó, tomando a los moros de sorpresa, causándoles gran estrago. Era el 5 de abril cuando un basilano, salió sigilosamente de la posición enemiga comunicando a Corcuera que los de su isla querían pedir su perdón y retirarse a su isla. Corcuera se lo concedería. Pero en realidad iba el emisario para informarse de cómo estaba el ánimo del capitán general en este aspecto de la rendición, pues el rey Raya Bongó quería rendirse, yendo previamente a ver a Corcuera en su campo, con su esposa Tuam Baloca, mujer muy inteligente y que ejercía sobre él gran influencia. Al día siguiente volvió el emisario con cartas de los reyes. Se oponía a la rendición el Dato Ache, hombre de gran energía y de grandes conocimientos militares como quedó dicho. Había quedado muy tullido, pues quedó enterrado a consecuencia de la explosión de una de las minas. Debió su salva-

(43) El manuscrito que antes citamos se produce en cálidas alabanzas de Corcuera: *Quien no vio lo que este valeroso cavallero hizo y padeció en 3 meses y medio de cerco no se podrá imaginar y los que lo vieron no acaban de encarecerlo ... iba el primero que ponía mano en las fábricas y fortificaciones, asistía a todas las funciones en los lugares de más riesgo, y, porque otros reposasen, rondaba de noche.*—Dice.

(44) Don Nicolás González, muy enfermo, fue enviado a Manila. Luego que salió de Ogton, los chinos del champán que le llevaban le dieron muerte para robarle. De este modo tan triste pereció el héroe vencedor de Punta Flechas.

(45) Don Pedro de Almonte Verástegui venía de almirante de la expedición de socorro al Maluco. Es una figura militar de las guerras de Filipinas de la que se dice *no desmerecer de la del mismo Corcuera.*

ción a haber quedado con una mano fuera. En la muñeca llevaba una pulsera y por ella fue reconocido y rápidamente desenterrado. A pesar de su estado tenía muchos partidarios. En las discusiones llegó a amenazar al rey con su crisis.

Y así fueron a ver a Corcuera los reyes, siendo muy bien recibidos por el capitán general, que dejó a Raya Bongó su caballo para regresar, yendo montado hasta donde empezó la cuesta a hacerlo imposible. La recepción había sido muy solemne, Corcuera sentado bajo dosel. Se hicieron a los reyes las salvas de honor y ellos quedaron muy satisfechos de esos honores y deseosos de terminar las hostilidades, para lo cual tenían que abandonar los moros previamente la posición que ocupaban.

LA VICTORIA. SE MALOGRA ALGO EL TRIUNFO

Los moros querían rendirse con condiciones. El Dato Ache era el que capitaneaba el partido de los malayos *que no querían entregarse a merced*. Corcuera se manifestaba inconvencible en este aspecto y no quería hablar de condición de rendición alguna. Los moros temían una fuerte represalia, quizá la esclavitud. Bajó de nuevo la reina del cerro y no pudo conseguir nada del capitán general. Hablando con el padre Pedro Gutiérrez, que era un posible mediador, le preguntó *si a ella la habían de echar a galeras*. Era una ironía fina de la reina Tuam Beloca, que era una mujer inteligente y simpática. El padre no supo qué responder a su pregunta y sonrió. Había llegado ella, más decidida que el rey, en su silla de manos, rodeada de varias mujeres principales. Corcuera se mostraba obcecado; si puede alabársele la tenacidad en el mantenimiento del sitio del fortificado cerro, no puede hacerse lo mismo, ya que dejaba a los moros tan sólo el camino de la desesperación... Y vino otra vez el rey. Y eso sí fue muy bien recibido, con más salvas, Corcuera nuevamente bajo dosel... Tampoco pudo conseguir nada. El gobernador le manifestó que tenía que recibir la petición de las condiciones hablando también con los datos principales. Ahora hay que darle la razón, pues era sabido que aquéllos no estaban dispuestos a acatar lo convenido por el rey. Quería Corcuera que se entregasen en su cuartel y una vez allí se hablaría. Y ellos deseaban tratar con el padre Gutiérrez como mediador. Este ya no quería serlo, pues *viendo a Corcuera tan cerrado* en sus intentos no se atrevió a ir a hablar con los moros *temiendo empeñar su fe y palabra* (P. Combés). Los macasares fueron autorizados

a marcharse, como los basilanes, embarcados también en el patache venido del socorro de Terrenate.

El 17 de abril empezaron a salir los demás moros. Salieron por la puerta de poniente del recinto fortificado, mientras por la de levante entraba don Pedro de Almonte con sus tropas. *Prosiguió (saliendo) toda la multitud capitaneando a todos como más animosa la reina.* A los principales se les dejó las armas, como estaba previsto, pero al pedírselas a los demás y no viendo ellos al P. Gutiérrez, en quien tanto esperaban, se arremolinaron alrededor del Dato Ache. En esto empezó a llover torrencialmente y con el pretexto de resguardarse bajo los árboles *se inició una estampida por varias partes.* Nuestros soldados tenían orden de no disparar. Para que detuviese a los que huían dejaron salir a la Reina, pero ésta cuando se vio fuera encabezó la huida, y con ella todas las mujeres, y los hombres seguidamente. Así escaparon unos 3.000 moros de toda clase y edad.

Embió la reina al gobernador un recado con un sobrino suyo escusando la huida con el miedo de su gente, para que recogiese las cosas que ella no pudo llevar. Este sobrino, Taucun, se llevó las riquezas que más importaban, al cabo se fue con la parte rica.

Corcuera mandó, al fin, saquear lo que había en el cerro y se fueron desenterrando muchos objetos que habían ocultado los moros con la esperanza de recuperarlos cuando los españoles se fuesen. Se tomaron muchas armas y banderas.

El capitán general dio por terminadas las operaciones encaminadas a la conquista y, dejando guarnecidos un fuerte en el cerro y otro en el río con unos doscientos españoles y otros tantos pampangos, y dejando también una galera para que bojease la isla, ordenó hacer los preparativos de retirada. Dejó por gobernador de Joló al capitán Gaspar de Morales, que debía quedar a las órdenes de don Pedro de Almonte al que había nombrado gobernador de Zamboanga.

En Manila se le hizo un nuevo recibimiento triunfal semejante al que se le hizo a su regreso de Mindanao, marchando por delante los moros cautivados y, seguidamente los cristianos rescatados; en medio, 22 niños portando las banderas tomadas, arrastrando por el suelo. Llevaba también las armas tomadas: 18 piezas *de cuchara* (de mayor calibre), 6 de ellas de bronce; 13 versos; 21 cámaras de bronce y 12 de hierro; 51 mosquetes; 36 arcabuces; 8 escope-

tas, y otras armas, lanzas, rodelas, campilanes, crises y bolos y muchas sompites (de cerbatana) y otras flechas.

En el manuscrito de Catalina del Barrio (Madrid, 1639), pese a la desbandada del enemigo, que le hizo quedar libre, sacamos un comentario final, en cierto modo optimista: *Un suceso de tanta gloria para nuestro Señor, tanta honra para los españoles —dice—, de tanto provecho para todas estas provincias, que oy más podían ser dotrinadas y contratar unas con otras con más seguridad y descanso de los temores pasados. Si se frenó en verdad la piratería de Joló como se había frenado la de Mindanao, pero la guerra habría de continuar en tierra principalmente y en la mar con otros moros tales como los camucones... Más fácil tenía el comentario de la campaña de Joló, el padre Combés, en su Historia (la escribió en 1665 y supo por tanto el verdadero alcance de la victoria). Cuando relata la fuga de los joloanos se expresa: *Así se malogró lo mejor de la victoria. No es lo mismo vencer que conseguir la victoria.* Era en realidad muy difícil el sometimiento total de los moros de las islas del sur de tan vasto archipiélago como era el filipino, al menos con las fuerzas con que contaban sus gobernadores del siglo XVII.*

GUERRAS... CAMINO DE LA PAZ

A pesar de lo importantes que fueron las campañas de Corcuera y de su gran mérito —mucho tiempo habría de transcurrir hasta que se realizasen otras de su envergadura, hasta tiempos del reinado de Isabel II—, no produjeron los resultados que se pretendían: la sumisión de las islas del sur, Mindanao y las del archipiélago de Joló. Podemos asegurar que nuestro capitán general hizo cuanto pudo.

Siguió libre Corralat, sultán de gran prestigio sin duda entre los moros, y poco a poco se fueron agrupando sus partidarios, que eran muchos. Los primeros que se sublevaron fueron los mandayas, pero fueron pronto reducidos. Moncay, el rey de Buhayen, al que se trató de enfrentar a Corralat, empezó pronto a hacer doble juego. Corcuera, luego que terminaron las operaciones en Joló, le envió tropas para apoyarle especialmente contra Corralat. Las mandaba el capitán don Cristóbal Márquez, y Moncay, empezó por pretender que le entregase la artillería, cosa a que, naturalmente, se negó nuestro capitán.

Pronto se fueron poniendo de manifiesto las intenciones aviesas de Moncay, contrarias a todo lo que supudiese vasallaje al rey de España. Tomó posiciones, se fortificó y por último empezó la guerra declarada. Acudió el capitán don Francisco de Atienza, que a la sazón era gobernador de la zona de Caraga. Y en la guerra se vio involucrado también Corralat, como era de esperar. Con Atienza, secundándole, iba el famoso *Padre Capitán*, el fraile recoleto Fray Agustín de San Pedro (46). Llegaron los nuestros en sus operaciones hasta la laguna de Malanao. Esta agrupaba en sus orillas gran abundancia de población indígena. El apoderarse de esos poblados tenía un gran alcance político. Se hicieron tributarios unos 3.000 indios a los que se obligó a empadronarse como señal de sumisión. Atienza, en el año 1640 se vio en muy difíciles circunstancias, mas pronto se pudo imponer a ellas. En Mindanao la situación era en realidad muy confusa: Corralat, Moncay y Manaquior, dato éste de los tagolanos, en la cuenca alta del Río Grande, eran enemigos, especialmente Manaquior y Moncay, y éste y Corralat; y se pudo animar las enemistades de unos contra otros, pero, al fin todos se hacían enemigos de los españoles; era en realidad lo que respondía a sus inclinaciones. Restableció al fin la situación en nuestro favor la presencia de don Pedro de Almonte, que llegó a Mindanao —era gobernador de Zamboanga— una vez que llevó a cabo el castigo de los joloanos, de nuevo sublevados. Venía de llevar una expedición de socorro a Terrenate en la que había ido esta vez como general (47). La guerra contra los moros del sur se reputaba en Manila como insostenible, a juicio de los que formaban parte del Consejo de Guerra. Manila estaba constantemente amenazada por los holandeses y su guarnición era escasa.

En Joló el sultán Raya Bongso se había retirado a la isla de Tavi Tavi, al sur del archipiélago. Sus hijos Panguian Salicala y Paguian Cachile, éste, señor de Tup Tup, en Borneo, se lanzaron a la piratería. Se hizo necesario el castigo de los nidos de piratería y ya vimos que lo llevó a cabo Almonte antes de ir a Mindanao (1639). Salicala se había ganado la voluntad de los joloanos, en contra del sultán su padre. No vaciló en llamar a los holandeses,

(46) El *Padre Capitán* tenía amplios conocimientos militares fundamentados en el estudio del Arte de la Guerra. Su afición a la Milicia y su entendimiento en ella eran grandes. Compaginó esta característica de su personalidad con una gran actividad misionera. Se calcula que convirtió a unos 10.000 indios. Reclutó a muchos y con ellos hizo sus campañas contra Corralat, Moncay y Manaquior.

(47) Almonte de Verástegui fue en realidad quien afirmó, en todo lo posible, la acción de Corcuera. Vimos el éxito de éste cuando Almonte se incorporó al ataque al casi inexpugnable cerro, en Joló. Fue gobernador de Zamboanga y teniente de capitán general.

que pusieron sitio con fuerzas de desembarco a los fuertes españoles de Joló. No se determinaron, sin embargo, a desembarcar artillería de mayor calibre, y sus esfuerzos fueron ineficaces contra el valor y determinación de los nuestros que se defendieron como buenos. Los holandeses levantaron el sitio, reembarcaron y se fueron. Temían que los nuestros fuesen reforzados. En efecto, poco después llegó el capitán Pedro Durán de Monforte con su armada.

Cuando en 1644 se hizo cargo del gobierno don Diego Fajardo, sucediendo a Corcuera, traía instrucciones para hacer lo posible por ajustar paces con los moros, para poder hacer frente mejor a los holandeses resueltos a atacar todo lo español extendido por el mundo y, claro está, las Filipinas. En 1641 se habían apoderado de Formosa. En el primer ataque fueron rechazados por los nuestros, mas en el segundo consiguieron su objetivo. Corcuera, que aún ostentaba el mando, se vio sin fuerzas para reforzar nuestra guarnición. Fajardo envió a don Francisco de Atienza de gobernador a Zamboanga con instrucciones para efectuar la aproximación con los moros. Era buen conocedor de ellos por sus campañas anteriores, pero además se disponía, como mediador, del padre de la Compañía de Jesús Alejandro López y éste fue el que estudió a fondo las condiciones de una posible paz con Mindanao, después se estudiaría cómo hacerlo con Joló.

LAS PACES

Corralat (48) quería la paz, el padre López supo convencerle de la gran ventaja que ella tendría para él. Era urgente ajustar esas paces, cuando se hablaba de ellas en Mindanao era cuando los holandeses atacaban Joló y eran rechazados, pero ello había de quitarles el apoyo de los moros.

Se firmaron las paces con Mindanao en la barra del río Simoay, el 24 de junio de 1645. Se intranquilizó Corralat cuando llegó Atienza con gran aparato marítimo y guerrero, pero el padre López le tranquilizó haciéndole ver que era así como se tenía que presentar un emisario del rey de España, que además gobernaba en un apartado lugar. Todo se arregló, al fin *hizo salva el rey (el sultán) con toda su artillería y mosquetería y lo mismo nuestra armada*, y dieron principio las conversaciones preliminares a la firma.

(48) Los tratados de paz, tanto con Mindanao como con Joló se incluyen a la letra en la historia de estos reinos del Padre Combés. Existe una edición publicada en Madrid, en 1667, y otra con la colaboración del Padre Pablo Pastells y comentarios de Wenceslao Enrique Retana, muy buen conocedor de Filipinas.

Las paces se establecieron en condiciones de igualdad, nada de sometimiento del sultán al rey de España. Eso sí, había cedido aquél a España ciertos territorios en las zonas de Zamboanga y de Caraga. Esto fue su cesión: *Por su respeto cedió a la Corona (de España) gran parte de su Reyno, extendiendo los términos de la parte que mira a Samboangan hasta Sigubuey y de la que corre azia Caraga hasta el centro de la ensenada de Tagaloc, que es el río Iho.*

Empezaban las condiciones: *El sultán, rey de Mindanao, sus hijos y herederos, serán verdaderos amigos del rey de España y sus vasallos, y que el rey de España y los españoles lo serán suyos, sin más quebrar dichas pazes... Los enemigos de los españoles lo serán suyos y que los de dicho sultán, lo serán de los españoles.*

Se regulaba la distribución de cautivos que se hiciesen en las guerras.

Se marcaban los límites del reino del sultán de Mindanao, exponiéndose los terrenos antes dichos cedidos al rey de España.

Se dan normas de alianza para reducir súbditos rebeldes a uno u otro monarca.

Se reparten vasallos en terrenos pertenecientes a uno u otro: Butio, Magolabon... para el sultán y de la Laguna de Malanao, Bausa... pertenecientes al rey de España.

No podía faltar la cláusula relativa a la extensión de la Fe Católica: *Se da licencia —decía— y se permitirá a los Padres de la Compañía de Jesús para que hagan casa e iglesia en el pueblo de dicho sultán.*

Y una cláusula muy especial: *El sultán —decía— pide encarecidamente al señor capitán general de estas islas y al gobernador de Samboangan admitan por amigo a Manaquior, Dato o rey de los tagolanos, por ser su cuñado y ser fuerça que lo sea siéndolo el dicho sultán.*

Las paces con Joló se firmaron al año siguiente. Ya se vio cuán necesarias eran al llevar Panguian Salicala a los temidos holandeses. Se veía la necesidad de llevar tropas a Manila. Hay que reconocer la buena voluntad, al menos en apariencia, de Corralat, que mandó embajadores y una escuadra de sus naves para llevar a Joló al

Padre López a establecer los primeros contactos con el sultán Raya Bongso (49).

Después fue Atienza a Joló a firmar las paces, y esta firma tuvo lugar el 14 de abril en el puerto de Lipir. Se establecieron, como las de Mindanao, no en el plano de sumisión de los moros, sino de amistad mutua. Empezaban las cláusulas con una que decía: *Estas amistades serán permanentes, para siempre jamás, sin que haya engaños de una y otra parte (se salía al encuentro de prevenir lo ocurrido en otras ocasiones, por parte de los moros), de suerte que los españoles no vendrán a hacer la guerra al rey de Joló, ni el rey de Joló irá a hacer la guerra a los vasallos del rey de España... y de una y otra parte ay el trato y contrato que ay entre verdaderos amigos sin fraudes ni engaños...*

Siguen los puntos que establecen la alianza contra otros terceros enemigos del rey de España y del de Joló... Todos los años los joloanos enviarían una armada para, en unión de la de España, hacer la guerra a los piratas... Solicitaba el sultán un plazo de seis meses para persuadir y reducir a los príncipes Panguian Salicala y Panguian Cachile. Se mencionaban otros piratas conocidos para que el rey de España les hiciese guerra y los castigase. El apelativo de Panguian era en Joló lo que era Cachile en Mindanao, significando ser de sangre real el que lo ostentaba.

Se establecían reglas de reciprocidad de devolución de huidos, súbditos del rey de España o del de Joló. También sobre el rescate de esclavos y sobre las presas hechas a los rebeldes por uno u otro monarca, diciendo cómo habían de repartirse.

Se establecía que los Padres de la Compañía de Jesús podían ir a Joló cuando quisieren y enseñar la Ley de los Cristianos a los vasallos de dicho rey, sin forzarles.

Se establecía en las cláusulas que en Joló no hubiese puestos militares españoles.

Firmaron las paces muchos testigos, jurando cada uno según su religión. El sultán firmó con caracteres arábigos.

(49) Los barcos de Mindanao, mandados por el almirante Orancaya Datan y llevando al sobrino de Corralat, Cachil Batiocan, hicieron honores extraordinarios al Padre López: Hicieron lo que llamaban *escaracheo*, que consistía en formar círculo, a boga arrancada, *jugando sus armas con alegre algazara y demostración de guerra.*

Los moros de Mindanao llevaron, al regreso, al Padre López. Era su costumbre cantar mientras bogaban. Le *cantaron la gala*, con letras encomiásticas a él dirigidas. Celebraban *su maña*, de más importancia que la fuerza, y gritaban como estribillo: *¡Viva el Padre!*

A MODO DE EPILOGO

Podía con esto terminar este trabajo, exposición de la benemérita acción militar de los nuestros en Filipinas en el siglo XVII, pero he de poner de manifiesto algo de lo que ocurrió inmediatamente después, muy ligado con la guerra contra los moros por las consecuencias que tuvo para los acontecimientos posteriores durante un largo período, ya que los nuestros se vieron obligados, por falta de fuerzas y por la existencia de una gran amenaza exterior, a abandonar Zamboanga, verdadero antemural frente a los combativos y depredadores moros de las islas del sur.

Ello fue ante una gran amenaza ahora no holandesa sino china. El pirata Kueng Sing (o Cotsen) había reunido unas considerables fuerzas navales con muchos hombres de desembarco. Había conquistado en China nueve grandes ciudades; después sitió a Nankin y consiguió que el emperador tuviese que huir (50). Se hablaba de que disponía de ocho mil champanes y que en ellos transportaba caballería. Conquistó Formosa arrebatándosela a los holandeses (que nos la habían tomado a los españoles). En esta isla había conseguido un botín de armas de unas 150 piezas de artillería y más de 4.000 armas portátiles de fuego. Consiguió reunir muchos víveres y géneros preciosos por más de cinco millones. Se estableció en la isla de Vichen y desde ella atacó Formosa. Ahora sus apetenencias eran algunas islas Filipinas y desde luego la ciudad de Manila.

Envió, como embajador, a nuestro gobernador y capitán general don Sabiniano Manrique de Lara, a un fraile dominico, Fray Victorino Riccio *que se ocupaba en doctrinar a los Christianos sujetos al corsario*. Le envió con honores de mandarín (51). El mensaje que

(50) Kuengsing, a más de ser corsario (los términos de pirata y de corsario en este caso no están bien definidos) se manifestaba defensor de la antigua China frente al poder de los tártaros. Ello le favoreció mucho para lograr tanto poder. Fue el primero de su nación que emprendió conquistas contra europeos.

(51) Esto hace ver que Kueng Sing no era intransigente en lo que a religión se refiere. Captaba, inteligente, a todos bajo sus banderas. sin excluir a los cristianos.

llevaba era llamado *amigable amonestación*. Le pedía que le rindiese vasallaje *su pequeño reino* y le pagase tributo (52).

Manrique de Lara le contestó con la energía que era de esperar: *No hay nación en el mundo —decía— que ignore que los españoles sólo obedecen a su rey, reconociendo y adorando a Dios todopoderoso... Si venían persistiendo en sus pretensiones sería recibido como enemigo ... y si no os quisieredéis cansar avisando, los españoles os irán a buscar...* Firmaba esta contestación en Manila, el 10 de julio de 1662.

Tomando la expresión del Padre Combés: *a pesar de los bríos y sombra de no temer*, Manrique de Lara dispuso la concentración de fuerzas sobre Manila, retirando las que había en Terrenate, Calamianes, Illigan y, la más importante en de tener a raya a los moros del sur, la de Zamboanga (52 bis). Se explica perfectamente la medida de nuestro capitán general, ante la amenaza que se venía encima sobre la capital del archipiélago. *El Mundo es poco*, reza un motto algo triunfalista sin duda. Me refiero a que no se puede abarcar mucho con pocos elementos por mucho valor que se tenga, y eso pasaba, entre otros sitios, en Filipinas, bien que la audacia obre maravillas.

Mas quiso Dios que Kueng Sing no pudiese llevar a cabo su amenaza, pues cuando todo le sonreía en lo que a ensanchar su poderío se refiere, le sorprendió la muerte; pero ya se había efectuado nuestra concentración de fuerzas sobre Manila, que creyó indispensable.

Los moros del sur, dando prueba de lo inestable que eran los tratados con ellos establecidos, ya habían roto la paz; Corralat, en Mindanao, en 1655. Diez años tan solo de tranquilidad habían transcurrido desde la firmada en 1645. El Padre Alejandro López,

(52) Curiosos son los términos en que se expresa Kueng Sing. Decía que había enviado (a los holandeses) *amonestaciones y exhortaciones, como amigo, esperando que se arrepintiesen de sus pecados; pero ellos más duros y más desbaratados y perversos no se dieron por entendidos*. Le decía todo esto y la destrucción de sus enemigos como ejemplo para los nuestros. *Y que tenía centenares de millares de soldados y millares de naos de guerra*.

(52 bis) Zamboanga se deja en 1663, ante la amenaza de Kueng Sing. En 1666, siendo regente doña Mariana de Austria, se manda restablecer este presidio, *plaza de armas* de aquella zona de operaciones. Por una u otra causa no se restableció hasta 1719. Con ello empezaría un nuevo período de actividad eficaz de nuestras fuerzas; fase con características algo diferentes a la que hemos analizado en el presente trabajo.

que tanto influyó en aquel tratado fue asesinado por orden de Batalamay, sobrino de Corralat... Con la retirada de Zamboanga quedaban los moros sin freno para sus habituales depredaciones; como eran muy marineros, el modo de hacer daño a los nuestros y a los súbditos de España, era precisamente por mar, en aquel vasto dédalo de islas que componen el archipiélago. Para hacer frente a los moros se organizó ahora una gran armada de embarcaciones ligeras, de joangas, de más de cien unidades que por ser de los visayos, y en virtud del antiguo nombre con que se les distinguía, se denominó *Armada de Pintados* (53). Fue el origen de las fuerzas navales peculiares que hubo en Filipinas durante los siglos XVII, XVIII y XIX.

CONSIDERACIONES FINALES

Se puede achacar, sin duda, a los moros de Mindanao y de Joló su doblez en el mantenimiento de sus tratados. Con frecuencia, es verdad, eran los *Datos* de gran prestigio los que forzaban a los sultanes a no cumplirlos o a no tomar medidas contra los piratas. De todos modos, considerado el asunto de un modo global, pese a sus vituperables defectos, hay que reconocer en los moros del sur un fuerte espíritu de independencia, que ese sí puede honrarles... Ercilla, en Chile, cantó el de los araucanos, nuestros indomables enemigos, pero los moros de Filipinas no tuvieron la suerte de tener un español, poeta y caballero, que cantase de ellos lo que pudiesen ser consideradas como cualidades, pese a los defectos que tenían; entre aquéllas el valor por ejemplo, muy a tener en cuenta para un análisis militar.

Los Padres de la Compañía de Jesús, beneméritos sin duda, dando abundancia de mártires; siguiendo el ejemplo de San Francisco Javier, el gran apóstol de las Indias Orientales, se acercaron mucho a los moros, sirviendo con ello la causa de la paz. No suelen, sin embargo, inclinarse a manifestar en sus escritos las cualidades que pudiesen tener los moros, más bien están propicios a relacionarles con el demonio, a ellos y a *su secta*. Como excepción, el P. Combés, al hablar de los dapitanos empieza un capítulo: *De la noble y valerosa nación de los dapitanos*. Influiría sin duda todo

(53) Se disolvería varias veces esta Armada de Pintados, se volvería a reconstituir... Pasó a ser la *Marina Corsaria*, con organización peculiar, con oficiales nombrados por el capitán general, procedentes de la Marina Mercante. Más tarde se llamaría *Marina Sutil*. Será auxiliar en el siglo XIX de la Armada Real, que ya tuvo apostadero en Filipinas desde 1802. Con la presencia de la Armada Real empieza otra fase de la lucha con ciertos caracteres diferenciales, mas siempre con cosecha de laureles para nuestras Armas.

esto el tratarse de moros, de mahometanos, y el ambiente que contra ellos había entonces en la Europa mediterránea. Con los araucanos de Chile no pasaba esto, y tampoco con los *indios* filipinos. Innegable es también la mayor resistencia de los moros a convertirse...

Ellos poseían una civilización superior a la que era normal entre los indios y, naturalmente, entre los salvajes. Hay que reconocer en los moros cierta galanura y elegancia, y mantenimiento de las jerarquías, con hombres de sangre real *cachil* y *panguian*, y ricos hombres *orancayas*. Con *Datos* de prestigio, jefes nombrados, y efectivos, de las fuerzas militares y navales, y sabiendo hacer la guerra (recuérsede al Dato Ache en Joló). Había en el trato con los moros principales visos de caballeridad, siempre que no se rozase el sometimiento. Con respecto a ello preferían incluso no cumplir los convenios. Hay que reconocer —ya lo apuntamos— en ellos un valor indomable. Aún se ha podido ver en el pasado siglo —con anfión (borrachera de opio) o sin él— a los juramentados, arrojándose en medio de las fuerzas nuestras, combatiendo hasta sucumbir.

Eran estos moros muy marineros, en Mindanao y en Joló abundaban los *lutaos*, que eran los que habitaban la costa (54). Los que remaban con canaletas en las batangas de las caracoas iban prácticamente metidos las piernas en el agua. Navegaban muy en contacto con ellos en embarcaciones muy frágiles y ligeras. El ser tan buenos marineros a la vez que arrojados combatientes era de gran importancia para su modo de hacer la guerra, y el medio en que ésta se desarrollaba.

La acción y la reacción en estas guerras fueron duras, con las crueldades propias de la época, extendidas en todas las naciones. Muerte y decapitación, eran frecuentes por una y otra parte en la lucha contra los moros filipinos. La libertad de acción en la mar de que dispusieron durante largos períodos de tiempo les permitió llevar la ofensiva, en la continuada guerra, traducida en numerosas depredaciones.

Puede decirse que hasta el tiempo del reinado de Isabel II no hubo sumisión duradera de los moros del sur al rey de España. En los tratados de paz, o en las conversaciones al efecto se baraja siempre la idea de *amistad*, y no de vasallaje.

(54) Los *lutaos* suelen vivir muy en contacto con el agua. Eran malayos mahometanos que ocupaban las costas, especialmente en la pequeña península de Sibuguey y las islas de Basilán, de Joló, de la Paragua meridional, Balabac, Cagayán... Predominaron en todo tiempo sobre los *subanos* (habitantes de las riberas de los ríos), y los tenían dominados.

Si es punible durante la guerra hablar de las cualidades del enemigo, para que con ello no baje la moral de las tropas propias, cuando llega la paz, cuando transcurre el tiempo, y más si se ve casi imposible un nuevo enfrentamiento con aquel adversario, puede uno, sin ambages, hacerle justicia en el análisis de sus cualidades positivas, sean muchas o pocas.

Eso prefiero yo hacer ahora, pues a más de ser justo gana con ello la estimación de los nuestros al haber combatido contra buenos guerreros, venciendo a muchos de éstos siendo ellos pocos; luchando los españoles con gran tenacidad contra muchas y grandes adversidades; contra los moros y contra otros enemigos poderosos...; no se olvide a éstos.

Con esta alabanza retrospectiva de la calidad guerrera de los moros del sur de Filipinas, que es también para los nuestros, voy terminando estas líneas que han tratado de hacer ver al lector de ahora, presentando hechos, cómo eran entonces nuestros capitanes, nuestros misioneros, nuestros soldados...

El panegírico principal y mejor merecido —y con él debemos concluir— debe ser para ellos; para ellos y para los navegantes descubridores, que luchando con el mar y con los hombres, contra toda clase de adversidades, dieron principio a la incorporación a la Corona de España del preciado florón de las Filipinas: descubridores, capitanes, soldados y marineros hicieron posible la por sí heroica acción de los misioneros. Todos ellos mantuvieron estas lejanas islas para España, llevándoles la Civilización y la Fe de Cristo.

A P E N D I C E

SOBRE LOS BUQUES EMPLEADOS EN EL ARCHIPIELAGO FILIPINO EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Por el modo de ser de la guerra contra los moros en el Archipiélago Filipino y al haber mencionado en el texto con frecuencia los nombres de los susodichos barcos, creemos de interés tratar algo más de cómo eran aquellos. Los empleados por ambos, propios y enemigos, en sus operaciones.

— Empecemos por el caracoa (del malayo kuda kuda: caballo). Eran embarcaciones de vela y remo. Las había de muy diferentes tamaños, en las mayores bogaban muchos remeros. En la que tomó Corcuera como capitana al ir contra Lamitán, en Mindanao, hay constancias que bogaban noventa *barrigas* (así llamaban los *pintados* visayas a los remeros). En un grabado antiguo he contado 16 remeros en cada una de sus cuatro batangas. Bogaban sentados en ellas, con las piernas metidas en el agua. En otro grabado he visto sobre esos estabilizadores una especie de bancos. Los remos que empleaban eran canaletes o pagayas, esto es que bogaban sin articulación alguna de toletes o de chumaceras. Conseguián con ellas imprimir una gran velocidad a la embarcación.

Tenían éstas, cuando eran de las grandes, una estructura a media eslora que ocupaban los guerreros propiamente dichos (también combatían y desembarcaban en las incursiones los remeros). Sobre el grabado antes citado he contado unos treinta guerreros sobre la plataforma superior de la estructura y otros tantos debajo de ella.

El casco era de maderas ligeras, cosidas las planchas unas a otras y con el correspondiente calafateo. La proa y la popa eran realzadas, recordando un poco a los barcos vikingos. Eran barcos eminentemente de remo, pero un padre jesuita ideó para ellas un aparejo de vela. Las velas clásicas eran de estera o de palma, con escotas múltiples, esto es, repartida por varios puntos de la relinga de caída de popa (al uso de Oriente), con lo cual se amolda mejor la vela según el viento y se aprovecha más éste.

Algunos denominan a estos barcos *korokoro*.

— De la joanga, que hablan los papeles de los jesuitas, no es fácil encontrar la voz en los diccionarios marítimos y en los libros de estudio de los barcos empleados por el mundo. Existe sin embargo *huanga* o *bouanga* y al parecer es la *joanga* antes aludida. En relatos de expediciones se utiliza el referido término para designar las caracoas mismas. Y cuando se organiza la Armada de Pintado contra los moros se habla de 100 joangas.

— La panca o panga era una embarcación de unas seis toneladas. Era como una gran canoa, en la que bogaban, a veces, hasta 60 remeros, con canaletas. Tenían estas embarcaciones batangas estabilizadoras. *Eran muy empleadas tanto para hacer el corso contra los moros como para ellos mismos*. Generalmente el casco de la panca se ensanchaba por encima *de los costillares*, de las cuadernas y entonces los remeros utilizaban remos largos.

— El panco era semejante a la panca, con velas de estera. Montaban cañones ligeros, versos y falconetes (después lantacas); a veces, a proa, uno de mayor calibre.

— Parao es nombre genérico usado para designar a casi todas las embarcaciones malayas. Las había con muchas variantes según las islas (Micronesia y Melanesia). El almirante Paris, estudioso de esta materia dice que Parao era embarcación con batanga doble (una a cada banda) y prao es embarcación con batanga sencilla, para ser mantenida a barlovento. Así pues podemos representarnos a los paraos como embarcaciones de unos 60 a 100 pies de eslora; poca manga, poco puntal, aunque hay variedades algo más panzudas. Con palos finos, dobles o triples, para las velas, con timones laterales dobles. Montaban artillería ligera y cuando llevaban cañón de mayor calibre lo llevaban a proa, a veces protegida la pieza por un fuerte escudo de madera.

— La vinta era una embarcación pequeña y ligera, muy a propósito para con ella meterse en los ríos, canales y esteros, y navegar también por las lagunas. Eran de remo y vela y abundaban los palos dobles o triples de caña, esto es muy ligeros, afirmándose en las bordas de la embarcación sus bordones. Con estas embarcaciones —en general con todas— se podía lograr una gran velocidad.

— El champan (no se confunda con el sampan, embarcación más bien fluvial, de tamaño de un gran bote o pequeña lancha, que vemos atestando los ríos de China); el champan de la época de Corcuera, cuyo estudio nos ocupa, era *grande como un patache* (de dos palos éstos, usados como exploradores y avisos en las escuadras); se asemejaba mucho a los juncos (del malayo *djong*). Son muy diferentes, los chinos tienen la popa cuadrada y alterosa; los japoneses una roda muy alta y la proa muy aguda. Podemos suponer a los de Corcuera de unos 35 metros de eslora y 8 de manga. Ahora los hay de unas 300 toneladas. Eran barcos muy curcos sus cascos, de mucho arrufo, con dos o tres palos, el de proa muy inclinado sobre ella. Barcos exclusivamente de vela, con éstas de estera, con escotas múltiples. Hay una variedad llamada *champatian* que arma remos y se emplea como guardacosta. El casco del champan estaba constituido por diversos compartimentos independientes, pero fuertemente unidos; así pues tenían subdivisión estanca. Llevaba quilla postiza y el timón era grande y agujereado por aberturas romboidales, para ser movido con mayor facilidad. Los champanes montaban artillería; de ésta se usaban mucho los grandes mosquetes de pinzote, esto es de borda, montaban versos y falconetes y alguna vez piezas de mayor calibre (de las que las crónicas llaman *de cuchara* por cargarse con ella).

En un estado de fuerza de 1636 se expresa la existencia, en las nuestras, de 18 champanes, empleándose principalmente para el transporte de tropas y de víveres y pertrechos en lo que a lo militar se refiere.

Nuestras fuerzas disponían además de las embarcaciones peculiares antes apuntadas, de galeras, galeones, pataches. Galeón era generalmente la llamada *Nao de Acapulco* y también se utilizaban en el socorro periódico a Terrenate junto con algún patache. Galeras por este tiempo que consideramos había cuatro, generalmente dos en Manila, dos destacadas en Formosa y dos en Terrenate, en las Molucas... Después habrá galeotas, más tarde fragatas y corbetas..., lanchas cañoneras... y más adelante pequeños vapores, ya en el siglo XIX. Ellos fueron de gran eficacia para terminar con la piratería de los moros de Mindanao y de Joló...

B I B L I O G R A F I A

- Cosbés, P. Francisco. «Historia de Mindanao y Joló». Publicación de 1667.
- Retana, Wenceslao Emilio. Comentarios de aclaraciones de la obra del P. Combés, con colaboración del P. Pastells S.J. Pub. en Madrid en 1897.
- Barrantes, Vicente. «Guerras Piráticas de Filipinas contra Mindanaos y Joloanos». Madrid, 1878.
- Fernández Duro, Cesáreo. «Armada Española desde la Unión con los Reinos de Castilla y de Aragón». Tomo IV.
- Alcázar, José. «Historia de los dominios españoles en Oceanía: Filipinas».
- De la Guardia, Ricardo. «Datos para un Cronicón de la Marina Militar de España». Ferrol, 1914.
- Colección de Documentos de Fernández de Navarrete. Museo Naval. Conteniendo MSS de la Biblioteca de San Isidro el Real de Madrid.
- Carta del Padre Mastrilli (Marcelo Francisco) dando cuenta de la conquista de Mindanao al P. Provincial de la Compañía de Jesús.
 - Manuscritos de las Islas Filipinas de Catalina del Barrio (Madrid, 1639).
 - Cartas de los Padres Alejandro López y Juan López sobre la conquista de Mindanao y del recibimiento en Manila a don Sebastián Huartado de Corcuera. (Reproducidas en la obra citada de Vicente Barrantes).
- Paris, Pierre. «Exquise d'une Ethnographie Navale des Peuples Anamites» (y de otros).
- Sean Mac Grail. «The Ship». Maritime Museum, Londres.
- M. Lescalier. «Traité Practique de Greement des Vaisseaux et autres batiments de Mer».
- Ezquerria, Ramón. «Molucas». Dicci. de Historia de España. Editorial «Alianza».
- Colin, P. Francisco. «Ministerios Apostólicos de los Obreros de la Compañía de Jesús. Fundación y Progresos de su Provincia en las Islas Filipinas». Madrid, 1663.
- A. Jal. «Glossaire Nautique». París, 1848.
- Juan y Peñalosa, Javier de; y Fernández-Giménez, Santiago. «Historia de la Navegación». Madrid, 1980.